2104

ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

LA CIENCIA DE LOS HOMBRES

COMEDIA DRAMATICA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MANUEL LINARES ASTRAY

MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1894

21

LA CIENCIA DE LOS HOMBRES

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA CIENCIA DE LOS HOMBRES

COMEDIA DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MANUEL LINARES ASTRAY

Estrenada en el TEATRO ESPAÑOL la noche del 22 de Diciembre de 1893

MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1894

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ROSALÍA, hija de	SRA.	SALA.
AUGUSTA		VEDIA.
MARY		MARÍ.
SEÑORA DE TRUJILLO		PALACIOS.
UNA CRIADA	SRTA.	CAIRE.
DOCTOR, padre de	SR.	GÓMEZ.
EDUARDO		BUENO.
DON JOSÉ		MATA.
CARLOS		LÓPEZ.
MARQUÉS		PASTOR.
LEOPOLDO		AVILÉS.
JUANITO		GARCÍA CRUZ.
GARCÍA		RUBIO.
UN CRIADO		CERNADAS.
CABALLERO 1.º		SOTOMAYOR.

ÉPOCA ACTUAL

NOTAS

Los versos marcados con asteriscos son los que se suprimieron en la representación.

El movimiento de escena en el acto tercero queda al buen acierto del director, teniendo en cuenta que se trata de un salón de alta sociedad, donde las figuras, en los cuadros de conjunto, pueden y deben moverse á capricho, procurando sólo que no entren en el momento preciso de corresponderles hablar, sino que estén ya en el salón con anterioridad.

ACTO PRIMERO

El despacho del Doctor.

ESCENA PRIMERA

EL DOCTOR, sentado al lado de su mesa, leyendo; EDUARDO, en una butaca, leyendo también

DOC. Nada, no encuentro la fórmula,
pero tengo la evidencia
de que no es una demencia
fingida. Tú ayer le viste:
sujeto á mi tratamiento
hace dos meses seguidos,
y aquellos ojos hundidos,
aquella mirada triste,
y aquel temblor de los labios,
son una señal segura
de un principio de locura
lipemaniaca afectiva.

EDUAR. Pero él discurre, razona.

DOC. ¿Por qué no ha de razonar?
¿O es que te dejas llevar
en la corriente impulsiva
de esa opinión que tan sólo
juzga, y como á loco trata
al loco que disparata?
Pues estás en un error,
porque no llegando al límite
en que agobia la demencia
la salud y la inteligencia,
el loco es razonador.

660595

EDUAR. Si discurre, ¿es criminal?
DOC. Si es que le falta conciencia,
es que va á la consecuencia
de un furor que le arrebata,
porque se cree un justiciero
librando á la humanidad,
porque oye con claridad
una voz que dice: ¡mata!
y obedeciendo á la voz
hiere y desprecia la vida,
y es asesino ó suicida,
y siempre es irresponsable.
EDUAR. Aun anoche, en la academia,
sostuve yo esa teoría,
y creí que se caía
sobre mí aquel honorable
público. Tantos doctores,
tanto joven abogado,
y sólo tuve á mi lado
á otro compañero mío.
Si hablaban ellos, ¡qué aplausos!
más aún, ¡qué frenesí!
Pero en cambio para mí
sólo hubo un aplauso frío,
de cortesía.
DOC. Adelante.
Cuando la semilla es nueva,
es la fe del que la lleva
quien la hace fructificar.
Discursos, libros, folletos,
academias, sociedades...
tú propaga esas verdades
por doquiera y sin cesar,
que no está lejano el día
en que se imponga la lógica
de esa ciencia antropológica
que hoy se empieza á difundir.
Pronto verás que la noble
aspiración de Beccaria,
no fué loca y visionaria,
puesto que se va á cumplir.
EDUAR. Verdaderamente es grande
la idea de libertar
á quien se va á condenar

por un crimen que no es suyo,
que no es de su voluntad
libre y única y consciente...

DOC. A un hombre que es inocente.

AUG. (Desde la puerta primera izquierda.)
¿Concluyes, hombre?...

DOC. Concluyo.

ESCENA II

DICHOS y AUGUSTA

AUG. Me parece que estáis locos (Entrando.)
con tanto hablar de locura:
ya os avisaron dos veces.

DOC. ¿Pero qué prisa es la tuya?

AUG. Puedes estar descansado,
no tengo prisa ninguna.
Eduardo es quien me dijo,
para ir á no sé qué junta,
que almorzásemos más pronto.

DOC. Sí; tienes razón, Augusta.
(El Doctor y Eduardo se levantan y van hacia primera izquierda.)

EDUAR. Es hoy la vista del crimen
de la calle de la Luna,
donde tengo que informar
sobre el caso de locura
de que tanto hemos hablado,
y yo creo que no hay culpa
en los actos de esa pobre.

DOC. (Marchándose los dos hacia primera izquierda.)
En absoluto, ninguna:
la prueba más evidente
y más fuerte es, sin disputa,
la que da el mismo sumario...

EDUAR. Una mujer con fortuna,
sin disgustos, adorada
de un marido que no busca
más goce que el de su hogar
ni más mujer que la suya...

DOC. Pues bien: en sana razón (Parándose.)
no hay en lo humano disculpa,

ni siquiera hay un pretexto
que explique esa desventura.

EDUAR. Matarlo así, á sangre fría, (Marchándose.)
sin que medie una disputa,
y dormido, me horroriza.

DOC. Si en lo humano no hay disculpa,
busca una causa más alta
y la hallarás si la buscas.

EDUAR. ¿La demencia? (Parándose.)

DOC. Sí; no hay otra:
sólo un rapto de locura
con un delirio afectivo,
te explica un hecho que abruma
por lo horrible.

EDUAR. ¿Sin que antes
se haya notado ni una
manifestación siquiera?

DOC. Así, una explosión tan súbita,
es un caso muy extraño,
mas no por raro lo impugna
la ciencia que defendemos;
y no es rareza que asusta,
sobre todo cuando existe
el germen de la locura,
que es en ella hereditario:
loca está una hermana suya,
y su padre.

AUG. Sí; y nosotros, (Interrumpiéndole.)
porque pedimos...

DOC. ¡Augusta!

AUG. Para las once el almuerzo
y almorzamos á la una,
y después la cocinera
es quien se lleva la culpa...

ESCENA III

DICHOS y DON JOSÉ que entra por el foro

JOSÉ Esta tierra es imposible;
no se puede aquí vivir.

DOC. ¿Qué te pasa?

JOSÉ Es increíble.

DOC. ¿Pero lo quieres decir?
JOSÉ Te suplico que me excuses
si molesto...
DOC. No, hombre, no.
JOSÉ Dí, ¿por qué carga de obuses
he de ser jurado yo?
Comandante retirado...
DOC. Ya lo sé, de artillería.
JOSÉ Que me nombrasen jurado,
¿á mí qué falta me hacía?
Y, francamente, no sé
el papel de juzgador.
DOC. Pero señor don José...
JOSÉ Pero querido Doctor,
es bien poco divertido
el lance que á mí me pasa;
si yo en casa me he metido,
¿por qué he de salir de casa?
DOC. Vamos á ver si logramos (A Eduardo.)
ayudarle entre los dos.
AUG. Está visto, no almorzamos
en todo el día de Dios.
DOC. Haz el favor de aguardar
que en seguida...
AUG. Sí, en seguida.
Como os pongáis á charlar...
JOSÉ Sentiré que mi venida
cause á ustedes mala obra.
AUG. No, señor...
JOSÉ Lo sentiría.
DOC. Tenemos tiempo de sobra;
son las once todavía.

(Se va Augusta primera izquierda; Eduardo, que lleva un libro en la mano desde la escena anterior, lee y atiende al diálogo; Augusta, en la puerta, espera que pasen al comedor, y al oir la última frase, convencida de que aún hay para rato, se marcha.)

ESCENA IV

DICHOS, menos AUGUSTA

JOSÉ A la una estoy en la Audiencia.
DOC. Te llaman.
JOSÉ Oigo mi nombre,
¿y qué hago?
DOC. Una reverencia.
JOSÉ ¿Y luego qué?
DOC. Nada.
JOSÉ Hombre,
ese proyecto me agrada;
pero me quieres decir,
¿si no tengo que hacer nada,
por qué rayos me hacen ir?
DOC. No exageres hasta un punto
tal, que nada no ha de ser.
JOSÉ Pues eso es lo que pregunto,
¿qué es lo que tengo que hacer?
DOC. Cuando están ya los jurados
empiezan el juicio oral.
JOSÉ ¿Y los jurados?
DOC. Callados.
JOSÉ Pues eso no lo haré mal.
DOC. Inculpa á sus enemigos,
para defenderse, el reo,
(Eduardo buscando libros, se sienta al lado de la mesa en el sillón.)
preguntan á los testigos
y hay algún que otro careo,
siendo ya raro, en verdad,
el testigo que no sale
con causa por falsedad.
Pero eso aquí nada vale,
porque nadie en tal sesión
dice lo que sabe y piensa;
luego habla la acusación,
habla después la defensa,
y el presidente, á su modo,
y según su leal saber,
hace un resumen de todo,

como Dios le da á entender;
pero siempre, de manera
que no entiendan los jurados
ni una palabra siquiera.

JOSÉ ¿Y los jurados?

DOC. Callados.

JOSÉ Lo que es yo no me equivoco
si no he de decir más que eso,
pero creo estar un poco
desairado en el proceso.

DOC. Lo natural parecía
que hiciéseis observaciones,
pero eso es una teoría
que no se usa, por razones
bien fáciles de explicarse:
¡qué han de saber los jurados,
si no llegan á enterarse
ni los mismos magistrados!
*Gastamos un diferente
*sistema, que es el que agrada:
*conque se entere el ponente
*ya está la Sala enterada.
*Ves bajo un rojo dosel
*siete jueces nada menos;
*los pleitistas, viendo aquel
*tribunal, dicen serenos:
*¿á quién habrá que no inspire
*seguridad ejemplar?
*pues lo que el uno no mire
*el otro habrá de mirar.
*¡Infelices que creeis
*en esa ilusión tan grata,
*pues de aquellos siete, seis,
*ni saben de que se trata!
*Quien tenga pleitos que tema,
*porque en cuanto á tribunales
*hemos resuelto el problema;
*¡todos unipersonales!...

EDUAR. Aquí he podido encontrar
un caso muy parecido.

DOC. (Va á la mesa y mira el libro.)
Pues sí, lo debes citar
que el Tardieu ya es conocido.
(Volviendo á José.)

Después que habla el presidente
entra usté á deliberar
y acuerdan si es inocente
ó lo deben condenar.

JOSÉ ¿Yo condenar? No, señor,
yo no condeno á ninguno.

DOC. Pero...

JOSÉ Querido Doctor,
que no.

DOC. Y si se prueba á uno
tan clara su delincuencia...

JOSÉ (Interrumpiéndole.)
Como ese papel no envidio,
no echo sobre mi conciencia
que vaya un hombre á presidio.
¿Que un tal Gumersindo Cobos
robó á diez? Que robe á mil,
pues para evitar los robos
ya está la guardia civil.
O que otro tal Carcaga
ha querido á uno matar,
¿y qué quieres que le haga
si no lo puedo evitar?

DOC. ¿Y si te matan á tí?
¿si te va á tí la pedrada?

JOSÉ Pues si me matan á mí
yo ya no puedo hacer nada.

DOC. Y si te roba un bandido
lo absuelves.

JOSÉ Sí.

DOC. ¿Siendo juez?

JOSÉ Por que el hombre, agradecido,
ya no me roba otra vez.

DOC. No te aplaudo.

JOSÉ No lo espero.

DOC. Ni te censuro.

JOSÉ Ni debes.

DOC. Ni yo aconsejarte quiero
sobre la marcha que lleves.
Cada cual por su camino...

JOSÉ ¿Con que no he de hablar, Doctor?
Pues por milagro divino
yo no soy un orador,
ni llevo de serlo traza,

aunque soy, como el que más,
español de pura raza.
Conque, Justo, adiós.

DOC. ¿Te vas?

JOSÉ Al almuerzo y á la Audiencia.

DOC. Quédate á almorzar aquí.

JOSÉ Si no tenéis impaciencia
y me esperáis...

DOC. Sí, hombre, sí.

JOSÉ En una escapada, voy
ahora al juzgado, primero;
diez minutos y aquí estoy.

DOC. Pero ligero.

JOSÉ Ligero.

DOC. Y no olvides que te aguardo...

JOSÉ Descuida, no olvidaré...
Lo que estudia ese Eduardo...

EDUAR. Hasta luego, don José...
(Se van foro, don José y Doctor.)

ESCENA V

EDUARDO y ROSALIA

ROS. (Entra primera izquierda.)
Ya está mamá disgustada;
hace una hora aguardando,
y tú, nada, trabajando.

EDUAR. ¿Y tú también enfadada? (Pausa.)
Dí, que tienes, Rosalía,
que siempre estás á mi lado,
cuanto más enamorado,
más desdeñosa y más fría.
Te marchas; apenas vienes,
te enoja cuanto te digo;
¿para estar así conmigo,
que tienes, dime, que tienes?

ROS. Nada, ¿qué quieres que tenga?

EDUAR. Ven acá, más junto á mí,
y ahora contéstame, dí,
¿habrá una mujer que obtenga
más libertad, más franquía,
de manos de su marido

que la que siempre has tenido?...
Porque en eso, Rosalía,
nada te quise negar,
¡pues á una mujer honrada
el que no la prohiban nada,
ya es darle mucho á guardar!...
Tú eres señora en tu casa,
tú eliges tus diversiones,
teatros, fiestas y reuniones,
sin que en nada tengas tasa;
pero tú no me agradeces
el sacrificio.

ROS. Repara
que me estás echando en cara
tus favores tantas veces,
que el bien que me da tu amor
tu orgullo dice y blasona,
¡y favor que se pregona
ya es muy mezquino favor!

EDUAR. No me entiendes, mejor dicho,
no me quieres entender.
Te pregunto, por saber
tus penas: si tu capricho,
sea el que fuere, se realiza,
si la salud te rebosa,
tal vez un poco nerviosa...
eso no me tranquiliza.
¿Tu madre quizás ó Lola?...

ROS. No: es que me casé contigo
para que fueras conmigo,
no para estar siempre sola.
No vamos nunca los dos
juntos, y si es aburrido,
me aburro con mi marido,
que es como lo manda Dios.

EDUAR. ¿Y es esa la falta mía?
Tu padre y yo trabajamos
y holgadamente ganamos
para vivir. Rosalía,
gastas mucho. ¡No es reproche!...
Si dejo de trabajar,
dejo también de ganar,
y adiós palco, y adiós coche,
y adiós viaje al extranjero,

y adiós infinitas cosas,
que todas son muy hermosas
y cuestan mucho dinero.

ROS. Perdóname, no sabía...
dejaré el coche, el abono,
viviremos bajo un tono
modesto.

EDUAR. No, Rosalía,
porque como yo disfruto
viviendo tú en la opulencia,
obligo á mi inteligencia
á que me rinda más fruto.
Gasta, pues, sin inquietud,
vive y goza, sin pensar
más que en vivir y en gozar
de tu hermosa juventud.
Pero acuérdate algún día
que estas joyas de tu brazo
antes fueron un pedazo
de la propia vida mía.
¡Horas que robé á tu amor,
sangre que robé á mis venas,
para que volvieran llenas
de luz á darte esplendor!... (Pausa.)
Ya ves que no me es posible:
vuelve á tu antigua alegría.

ROS. ¿Pero sola?

EDUAR. ¡Rosalía!

ROS. ¡Eduardo!

EDUAR. ¡Si es imposible!
(Levantándose y acompañándola primera izquierda.)
Compláceme y como antes;
no abandones tus costumbres,
pues mi gusto es que deslumbres.
¿Quieres brillantes? Brillantes.
¿Quieres pulseras? Pulseras.
Compra los mejores trajes.
Sedas, brocados, encajes.
¡Cuanto sueñes, cuanto quieras!... (Pausa.)
(Cruzan en silencio la escena; en la primera izquierda se detienen un momento; sale Rosalía y al ver que no la sigue, vuelve á entrar.)

EDUAR. Mientras viene don José,
que vendrá á almorzar aquí,

voy á ver si tomo ahí
unas notas.

ROS. Bien, me iré:
¿pero sola?

EDUAR. Ten paciencia,
que te prometo ir contigo.

ROS. ¿Hoy vas á salir conmigo?

EDUAR. Hoy tengo que ir á la Audiencia.
(Rosalía se va y Eduardo vuelve á la mesa.)

ESCENA VI

EDUARDO

Tiene razón en quejarse
de mi aparente desvío,
pero no encuentro en lo humano
que haya algún otro camino.
Yo la acostumbré á ese lujo.
¿Con que derecho le digo
ahora, renuncia á esa vida
que te he enseñado yo mismo?
Y aunque esto lo consiguiera,
aceptando el sacrificio,
¿cuánto tiempo tardaría,
sin decir nadie el motivo,
en que riñésemos todos?
¡Ni pensarlo! Yo he nacido
para el trabajo. ¡Pues duro,
y á trabajar! (Pausa.)

ESCENA VII

EDUARDO y CRIADO

CRIADO (Foro.) Señorito...
este señor... (Dándole una tarjeta.)

EDUAR. ¿Dónde está?

CRIADO En la sala.

EDUAR. (Leyendo.) «D. Benigno
García...» No sé quién es:
el nombre es desconocido.
(Al salir el Criado, entra el Doctor.)

ESCENA VIII

DOCTOR y EDUARDO

DOC. ¿Tienes gente?
EDUAR. Sí, no sé
ni quién es, ni lo que quiere. (Pausa.)
¿Te has fijado en Rosalía?
(El Doctor sigue andando; Eduardo le detiene.)
DOC. ¿Qué tiene?
EDUAR. No sé qué tiene.
Habló conmigo ahora mismo
tan nerviosa, ella que es siempre
tan fría, que me asustó.
DOC. También me he fijado á veces
en que está descolorida
hace tiempo.
EDUAR. ¿Y te parece
enferma?
DOC. Soy padre y médico,
y quizá el padre exagere
lo que el médico no teme.
EDUAR. ¿Pero, qué notas que tiene?
DOC. Nada en su vida normal,
tranquila, mas cuando quiere
hacer un pequeño esfuerzo,
correr, ó subir pendientes,
es tan grande su fatiga,
su ahogo, que se detiene
de pronto, y el corazón
dice ella que lo siente
latir con fuerza y á saltos.
EDUAR. ¿Y esos latidos tan fuertes (Ansioso.)
serán de una insuficiencia
mitral? ¿Eso es lo que temes?
DOC. No, no es tanto mi temor, (Riendo.)
pero sí estimo prudente
que la evites emociones
muy violentas; no la lleves
á los toros, ni á ver dramas
que sean tristes, ¿me comprendes?

EDUAR. Te comprendo lo bastante
para temblar...

DOC. (Con seguridad.) No, anda, vete
que te esperan. Sobre todo,
que tu mujer no sospeche
nada, y observa tú,
que eres médico y lo entiendes
como yo.

EDUAR. La observaré,
y si es verdad...

DOC. Anda... vete... (Sale Eduardo.)

ESCENA IX

DOCTOR y AUGUSTA

AUG. Hombre, por todos los santos (Entrando.)
de la corte celestial,
¿vamos á almorzar, si ó no?

DOC. Si que vamos á almorzar,
pero espérate un momento,
diez minutos, que vendrá
ahora mismo don José.

AUG. ¿Le has convidado, verdad?
¿Sin decirme una palabra?
Llega la hora y se van
los señores á la mesa:
«Poner un cubierto más
que almuerza este caballero...»
Y entonces hay que esperar
que esto no es como una fonda,
y por muy aprisa ya
que vaya la cocinera,
tarda el tiempo en arreglar
un plato...

DOC. No te incomodes.

AUG. Así no hay orden jamás.

DOC. Pero, mujer, no te enfades...

AUG. Ni hay arreglo, ni lo habrá...

ESCENA X

DICHOS y el CRIADO

CRIADO (En la puerta del foro.)
Por aquí, haga usté el favor...
AUG. ¿Quién es?
CRIADO Señora, aquí está
don... (Se va Criado.)

ESCENA XI

DICHOS y CARLOS

AUG. ¡Carlitos!
CAR. (Entra foro.) Doña Augusta.
AUG. ¡Ay lo que se va alegrar
Rosalía, cuando sepa
que has venido! Ven acá. (Abrazándole.)
Este es el señor Doctor,
don Justo del Encinar,
padre de Eduardo, el marido,
como te hemos dicho ya,
de mi hija, de Rosalía:
y á este le puedo llamar
hijo también: es Carlitos
Ferrer, ahijado de Juan,
¡mi pobre Juan, mi difunto
esposo, que en gloria está!
DOC. ¿Es usted el que fué á América?
CAR. Sí, señor.
AUG. Voy á avisar
á mi hija... (Toca el timbre.)
CAR. He llegado anoche.
DOC. ¿Y estuvo usted por allá?...
CAR. Seis años, cerca de siete,
y no he querido pasar
por Madrid, sin saludarles.
AUG. No hubiera faltado más.

ESCENA XII

DICHOS y el CRIADO

AUG. Diga usté á la señorita (Al Criado.)
que haga el favor de venir.
(El Criado desde el foro atraviesa á la primera izquierda.)
Dime, Carlos, ¿cuánto tiempo
piensas estar en Madrid?

CAR. Muy poco; vine á estas horas,
porque hoy mismo he de salir
para Burgos, á las cuatro.

AUG. ¿Vendrás á almorzar aquí?

DOC. Mujer, no va á haber almuerzo. (A Augusta.)

AUG. Qué sabes tú... (A Doctor.)

CAR. He de cumplir
un compromiso...

AUG. Pues faltas
por Rosalía y por mí.
¿O es que no quieres?

CAR. Señora...

AUG. ¿Con que te quedas al fin?

CAR. Si no puedo.

AUG. Haz un poder.
No te escapas; con que así
te embargo por todo el día,
y esta noche has de asistir
al baile.

CAR. Lo que usted quiera.

AUG. Celebramos un festín,
porque es el aniversario
de boda.

CAR. Me acuerdo, sí,
me acuerdo bien de esta fecha.

AUG. Fué el veinticinco de Abril...
por cierto, no contestaste
cuando yo te lo escribí...

ESCENA XIII

DICHOS y EDUARDO

EDUAR. ¿Carlitos, cuándo has venido? (Saludándole.)
CAR. Anoche mismo he llegado.
EDUAR. Bien venido. Oiga usted, padre,
está en la sala esperando,
porque quiere saludarle
un momento, el secretario
de la Comisión de Códigos...
DOC. Si usted me permite, Carlos...
EDUAR. Me dió una buena noticia...
DOC. ¿Qué noticia?
EDUAR. Que triunfamos
defendiendo nuestra ciencia
antropológica.
DOC. Eduardo...
EDUAR. Sí, este señor ha venido
á darme el honroso cargo
de que redacte un proyecto
completo de articulado
para el Código penal,
que pretenden reformarlo,
y entre las nuevas reformas,
la Comisión ha pensado
que no es dable prescindir
de este moderno adelanto.
Y admiten como eximente
del delito realizado,
toda alteración morbosa
que haya influído en los actos
del presunto criminal.
DOC. Triunfamos.
EDUAR. Debo aceptarlo,
¿verdad?
DOC. Y estar orgulloso.
EDUAR. Triunfamos, padre, triunfamos.
(Se van por el foro Doctor y Eduardo.)

ESCENA XIV

DICHOS menos DOCTOR y EDUARDO

AUG. Esto ya es una manía
que les causa calentura:
no hablan más que de locura
y están locos. Rosalía...

ESCENA XV

AUGUSTA, CARLOS y ROSALÍA

AUG. Mira, tú, quien está aquí.
ROS. (Entrando primera izquierda.)
¿Es el señor de Ferrer?...
AUG. Carlos, Carlitos, mujer,
¿no te acuerdas?
ROS. Carlos, sí,
me acuerdo perfectamente.
(Le saluda con frialdad y se sienta al lado de su madre en el sofá; Carlos en una silla.)
AUG. Quería haberse marchado,
pero yo no le he dejado.
ROS. ¿Y el señor Ferrer... consiente?
CAR. Me obligó.
AUG. Pues ya lo creo,
y no es mucho todo un día
cuando ya no le veía
hace seis años: deseo
verte, y hablarte, y oir
tu vida. Sin duda alguna
vuelves rico...
CAR. La fortuna
no me quiso sonreir,
pues tuve la mala suerte
de ir á ofrecerle mi espada
á quien halló en la jornada
con la derrota, la muerte.
Huyendo de aquí, señora,
fuí á Méjico, donde era

la vida sobremanera
inquieta y batalladora.
A mí, que buscaba hacer,
joven, ardiente y ansioso,
un porvenir venturoso
que brindarle á una mujer,
me fascinaron las glorias
de héroes, ayer ignorados,
que en cien combates librados
en cien ganaban victorias.
Y entre tanto vencedor,
para probar la aventura,
me sedujo la bravura
de aquel noble emperador
Maximiliano. A su lado,
desde que llegué de España,
hice toda la campaña,
y jamás le he abandonado.
Aunque en número inferiores
nuestras tropas imperiales,
el valor de los leales
nos hizo muy superiores.
Fué brava y ruda la guerra:
en todas partes luchando,
y palmo á palmo ganando
pedazos de aquella tierra.
*Y cerca ya del ocaso
*de la guerra y su fatiga,
*lo pasado nos obliga
*á vencer, y á dar un paso
*adelante, como buenos,
*y á ellos siempre un paso atrás:
*¡la Corona un laurel más,
*la República uno menos!
¡Y aun cuando halló mi valor
una ráfaga de gloria,
inflamose mi memoria (Exaltándose.)
con ráfagas del amor!...

AUG. Pero, Carlos, no sabía
tu pasión por esa dama;
¿y quién es? ¿Cómo se llama
esa mujer?

CAR. ¡Rosalía! (Absorto.)

AUG. ¿Qué dices?

CAR. Nada, señora, (Calmándose.)
para ponerse tan grave:
que Rosalía es quien sabe
la mujer que el alma adora. (Pausa.)
AUG. ¿Y no se puede saber
ni siquiera el nombre de ella?
CAR. Blanca, Margarita, Estrella...
cualquier nombre de mujer.
AUG. Perdona que haya insistido...
y acábame de contar,
cómo con tanto triunfar
has vuelto tan abatido.
CAR. Tras de llevar nuestra vida,
en lucha franca y honrada,
tanta batalla ganada
y tanta sangre perdida,
defendiendo un ideal
y el lema de una bandera,
que para nosotros era
sagrada, y noble y leal,
llegó en Querétaro un día,
triste para la nación,
en que pudo la traición
lo que el valor no podía.
¡Y fueron, en el misterio
de la noche sorprendidos,
los vencedores, vencidos
en la tumba del imperio!
*En vano todos los modos
*para rehacer sus quebrantos,
*que al arrojo de unos cuantos
*venció el pánico de todos.
*Y aquel terrible momento,
*mezquinamente logrado,
*tuvo, mezquino y osado,
*un epílogo sangriento.
*La grey imperial vencida,
*el cerro de las Campanas
*fué testigo de las vanas
*grandezas de nuestra vida.
*¡Prisionero del traidor,
*víctima de torpe encono,
*patria y gloria, vida y trono
*perdió el noble emperador!

*En vano, en vano quisimos,
*un puñado de leales
*de las tropas imperiales,
*salvarle, pues no pudimos.
*Viendo que nadie responde
*al loco afán que intentamos,
*vencidos, nos dispersamos
*Dios sabe cómo y á dónde.
*(Pausa y transición.)
*¡Aun entonces, que á mi sér
*le amargaba la derrota,
*del fondo del alma brota
*la imagen de una mujer!...
*(Pausa y transición.)
*Temiendo ser prisionero,
*y oculto, por perseguido,
*sin alientos, por vencido,
*anduve así un año entero.
*Cien veces temí morir,
*y era, á pesar del dolor,
*cuanto más grande el temor,
*más el ansia de vivir,
*pues la desgracia sentida,
*¡qué luz tan viva derrama
*sobre el claro panorama
*de lo pasado en la vida!
*¡Promesas que se lograron,
*dichas que en un tiempo fueron,
*todas en tropel vinieron
*á mi memoria, y formaron
*una ilusión de ilusiones,
*pura, radiante y galana,
*como el agua cuando mana (Pausa.)
*de la fuente á borbotones!...

AUG. ¿Y después?

CAR. Después, ya nada.
Pude salvarme, llegué
á Chile, allí trabajé
sin ver jamás realizada
mi esperanza. Como estoy
delicado, en tierra extraña
sentí nostalgia ¡y á España!
y aquí me tiene usted hoy.

AUG. ¿Y aquella mujer que un día
suspiraste tú por ella?
CAR. Aquella mujer...
AUG. Sí, aquella
que conoce Rosalía. (Riéndose.)
ROS. Esa ha muerto.
CAR. (Con ímpetu.) No, por cierto;
¡vive!
AUG. ¿Y no ha sido fiel?...
ROS. De modo que para él,
igual que si hubiese muerto. (Pausa.)
AUG. Tanta pena me has contado, (Levantándose.)
que sólo de oirlas contar
no puedo ni respirar
de angustia.
CAR. Aquello ha pasado...
AUG. Carlos me perdonará...
Voy á echar una mirada
al almuerzo, que se enfada
luego Justo, si no está.
(Se va primera izquierda.)

ESCENA XVI

CARLOS y ROSALÍA

CAR. Perdóname, Rosalía,
que haya venido á buscarte.
ROS. Ni hay qué deba perdonarte,
ni habiendo perdonaría.
CAR. Me tratas injustamente:
escúchame, y juzga luego.
ROS. ¿Una disculpa?
CAR. No, un ruego;
una súplica ferviente.
ROS. Entrando aquí, ¿no pensabas
que hace ya un mes que viniste
á Madrid, y me escribiste
una carta en que rogabas?...
CAR. (Interrumpiéndola y recitando.)
«Mi querida Rosalía:
llegué ayer; marcho mañana
otra vez, á mi lejana

heredad de Andalucía.
Y antes de marchar quisiera,
como un favor infinito,
verte...»

ROS. Bien; no necesito (Interrumpiéndole.)
escuchar la carta entera.
Dices que mi casa, á tí
te daba un horror profundo,
y que por nada en el mundo
querrías venir aquí.
Me pareció que debía,
en pago de lo pasado,
darte ese adiós tan rogado,
tan eterno.

CAR. ¡Rosalía!

ROS. Me conmoví y te hice caso.
¡Con ridícula inocencia
no comprendí la imprudencia
ni el peligro de aquel paso!
Te ví, y aquella explosión,
á un tiempo goce y martirio,
á la par calma y delirio,
me causó tal impresión,
que ansiosa, sobrecogida
por aquel choque violento,
no tuve fuerza, ni aliento,
ni voz, ni sangre, ni vida...

CAR. Pero te puedo jurar
por mi madre, por mi fe...

ROS. No, no jures, ¿para qué?
no te culpo si al hallar
el desmayo de mi ser,
juzgaste tu causa hecha,
que el hombre siempre aprovecha
desmayos de la mujer...

CAR. Perdona quejas y llanto,
delirio y pasión perdona,
que el cariño no razona.
¡Y yo á tí te quiero tanto!...

ROS. En pago á todo ese mal
sólo obtuve una promesa,
bastándome á mí con esa
porque la juzgué leal.
Marcho mañana, dijiste;

tú tranquila quedarás,
pues no volveré jamás.
Diciéndolo, me volviste
la paz, sino la alegría. (Pausa.)
¡Abrigaba la creencia,
que evitando tu presencia,
el recuerdo evitaría!...
Y fué una equivocación.
¡Que vergüenzas y sonrojos,
no se miran con los ojos,
sino con el corazón!... (Pausa.)
Al día siguiente, recibo
una carta. Aquel ultraje
me dió rubor y coraje:
ni voy á verte, ni escribo.
Temiendo escenas violentas,
sufro y cuento los instantes;
á tus cartas apremiantes
no contesto: te impacientas,
me impaciento yo también;
pero comprendo el abismo
que se abre á mis pies, y el mismo
silencio, el mismo desdén.
¡Y así un mes, por ese amor
tuyo vivo, si es vivir
este constante sufrir
y este continuo temor.
Si mis pobres alegrías
conservarlas no prefieres,
dí, ¿qué buscas? dí, ¿qué quieres?
dí, ¿qué sueñas? dí, ¿qué ansías?...

CAR. Marché á América por tí,
y tú juraste aguardarme
mientras iba á conquistarme
una posición allí.
De tu infamia sabedor,
vuelvo y á la instancia mía,
tú me diste, Rosalía,
la prueba que da el amor.
¿Fuiste ciega ó fuí violento?
Pues ciega cruza la bala,
é hiriendo ciega, se exhala
por ella el último aliento.
¿Y ahora quieres que abandone
lo que mi dicha decide?

ROS. Olvídame...
CAR. ¿Que te olvide?
ROS. Perdóname...
CAR. ¿Que perdone?
*No pidas un imposible:
*tú puedes lograr que el río
*tuerza su curso, y bravío,
*como antes era apacible,
*innunde lo que regaba;
*tú puedes también lograr
*que fértil vaya á regar
*las tierras que no cruzaba;
*todo eso conseguirás;
*pero no habrá poderío
*para conseguir que el río
*su curso vuelva hacia atrás.
ROS. Cede á mi ruego.
CAR. No cedo.
ROS. Por tu amor... por el encanto
de lo que pasó.
CAR. Por tanto
como pasé, ya no puedo.
Ya es tarde para ceder,
ni yo lo quiero intentar:
(Levantándose y yendo á ella.)
¿Me aborreces? ¡Pues á odiar!
¿Me quieres? ¡Pues á querer
con un amor infinito!
Responde:
ROS. (Levantándose y huyendo un paso.)
Me asustas.
CAR. Dí,
¿qué sientes tú para mí? (Yendo más á ella.)
ROS. Que grito, Carlos.
CAR. Ni un grito,
ni un grito de tu garganta;
ni uno solo, te lo ruego, (Exaltándose.)
que estoy tan ciego, tan ciego,
que esta ceguedad me espanta.
(Este final de escena debe ser, en medio de su violencia, procurando no gritar, dando á las frases la energía y la inflexión que necesitan, pero sin alzar la voz por miedo á que les oigan.)

ESCENA XVII

DICHOS, DON JOSÉ

JOSÉ (Dentro.)
Aquí estoy yo... (En escena.) Aquí estoy yo.
¿Dónde está Justo? ¿Y Eduardo?

ROS. En visita.

(Al entrar en escena don José, y antes al oírsele, Carlos se retira un poco atrás, quedando Rosalía en medio de la sala, Carlos á un lado, y viniendo don José á colocarse junto á Rosalía, y entre ella y Carlos, que estará bastante alejado.)

JOSÉ (A Carlos.) Servidor... (Saludándole.)
Que conste que no hay retraso (A Rosalía.)
por mi parte. Rosalía,
¿sabe usted que soy Jurado?
Pero de un crimen magnífico,
causa por asesinato.
Hágame usted el favor (A Carlos.)
de sentarse... Y no está claro
el asunto, porque dicen
que estaba ya loca cuando
cometió el crimen. Canciones
y capricho de enredarlo;
pero por mí, ya se sabe,
¿es criminal? ¡Pues al palo!
¿Pero qué es eso? Está usté
pálida... y está temblando...
Rosalía... cualquier cosa
que las dicen... un desmayo.
(Rosalía apoyada en don José se desvanece un segundo.)
Por vida de diez cañones
haciendo á un tiempo disparos...

ROS. No, no es nada; esa noticia (Volviendo en sí.)
tan triste, me ha impresionado...

JOSÉ Caramba... qué impresionable... (A Carlos.)
Pues si usted se apura tanto (A Rosalía.)
por esa pobre infeliz,
pierda usted todo cuidado,
no se apure usted, señora,
que yo la salvo, ¡la salvo!

ESCENA XVIII

DICHOS, EDUARDO, DOCTOR, AUGUSTA

EDUAR. ¿Almorzamos, don José?
JOSÉ Pues al almuerzo, Eduardo.
ROS. No diga usté una palabra. (Aparte á don José.)
AUG. Cuando queráis... (Entrando primera izquierda.)
DOC. Pues andando.
Vamos, don José. Carlitos, (Se va Augusta.)
Si usted quiere darle el brazo
á Rosalía...
(Carlos ofrece el brazo á Rosalía y cruza con ella la escena, mientras dice, formando grupo con Eduardo y el Doctor.)
JOSÉ (Al Doctor.) No sabes,
me lo han dicho en el Juzgado,
que tengo un crimen magnífico,
de sensación, de entusiasmo.
CAR. (A Rosalía, al entrar primera izquierda.)
Quiero hablarte, Rosalía,
es preciso.
ROS. Nunca, Carlos.
CAR. Te lo ruego.
ROS. Es imposible.
(Se van Carlos y Rosalía.)
DOC. ¿Y dices que estás nombrado
para la sección primera?
JOSÉ Mira, Justo, yo no hablo
como no almuerce, ¿me entiendes?
DOC. Pues ya te están esperando.
JOSÉ Verás como no me esperan...
EDUAR. Triunfamos, padre, triunfamos.
(José se va de prisa primera izquierda, y al seguirle Eduardo y Doctor, éste pasa el brazo por el hombro á Eduardo al oir la última frase. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Una sala en casa del Doctor, con dos juegos de sillería

ESCENA PRIMERA

DOCTOR, entra foro, con la SEÑORA DE TRUJILLO y MARY

DOC. No, señora, no está en casa,
está en la Audiencia informando
como médico.

SRA. DE T. ¿Forense?

DOC. No; un perito presentado
por la defensa.

SRA. DE T. (Sentándose primera izquierda.)
Ha debido
abandonar su trabajo
y recibir las visitas,
que es hoy el aniversario
de boda, y es, además
de celebrarse su santo,
cumpleaños de sus días.

DOC. No, señora, de sus años.

ESCENA II

DICHOS: ROSALÍA y AUGUSTA, entrando primera izquierda

SRA. DE T. Ya nos ha dicho el Doctor
que Eduardo está en la Audiencia.

AUG. ¿Y el señor Trujillo?

SRA. DE T. Bien
de salud, pero no deja
su trabajo en todo el día.
ROS. Le agradezco su fineza;
muy linda, de mucho gusto.
(Se han sentado Augusta y la señora de Trujillo.)
AUG. ¿Recibió usted mi tarjeta?
SRA. DE T. Y Mary vendrá á comer.
AUG. ¿Y usted?
SRA. DE T. No, porque se queda
Trujillo solo en la casa...
AUG. Pues siento que usted no venga.
SRA. DE T. Luego vendremos al baile.
AUG. Pero, Mary, ¿no te sientas?
ROS. Nos vamos aquí á charlar.
(Se van Rosalía y Mary. El Doctor con ella, derecha.)
DOC. Yo también voy, si me dejan,
á escuchar esos secretos:
me autorizan mis cincuenta
años.
ROS. Y pico.
DOC. Hija mía,
el pico es el que molesta.
MARY Pero está usted bueno y fuerte,
y aun como usted quisiera
enamorar...
DOC. Muchas gracias...
Y es lástima que no sea
verdad: ya quemé mis naves,
mejor dicho, han sido ellas
las que se han ido quemando.
¡Qué se le ha de hacer!... ¡paciencia!
ROS. ¿Y tu novio?
MARY No le he visto,
ni tuve carta siquiera.
ROS. ¿Desde cuándo?
MARY Desde anoche
que fuimos á la Comedia.
DOC. ¡Eso es una eternidad!
MARY Pero le aguarda una buena...
DOC. ¿Es usted la que le aguarda?...
MARY Yo ya tengo mis sospechas
de una rubia que es más sosa,
y más parada y más seria...

DOC. Basta con decir que es rubia.
MARY Si no ha ido á rondarla á ella,
¿en dónde está desde anoche?
Nos dejó á las doce y media...
ROS. Desde allí se fué á dormir.
DOC. Muy mal hecho: que no duerma.
ROS. Por la mañana á sus clases
ó á los trabajos que tenga.
DOC. Que no trabaje.
ROS. Y después
á almorzar.
DOC. Pues no se almuerza,
para eso se tiene novia,
y la conducta correcta
es la de estarse en la esquina
plantado, de centinela.
MARY No soy yo tan egoista
ni tengo tanta exigencia.
DOC. Y por lo visto, con él,
mejor es que no se tengan.
MARY No va más que cuando quiere...
pero quiere con frecuencia.

ESCENA III

DICHOS: JUANITO y LEOPOLDO. Entra foro, saluda á DOÑA AUGUSTA, hacen una reverencia á la SEÑORA DE TRUJILLO y luego van á saludar á ROSALÍA y al DOCTOR, y se sientan con ellos

AUG. Hola, Juanito.
JUA. Señora.
AUG. ¿Y usted, Leopoldo?
ROS. (A Mary.) El más grueso
de los dos es el que tiene
relaciones con Consuelo...
LEOP. Señor Doctor...
DOC. Hola, pollos.
JUA. Felicidades... (A Rosalía.)
LEOP. Debemos
felicitar al marido.
ROS. Y yo en su nombre les ruego
á ustedes que le dispensen...
LEOP. El trabajo es lo primero.

ROS. ¿Y Consuelito?
JUA. Tan buena...
LEOP. Sí, tan buena.
ROS. Ya sabemos
que se casa usted, Juanito.
JUA. Señora, cuánto me alegro
de saberlo yo también.
ROS. ¿No es novia de usted Consuelo?
JUA. Yo no lo sé, á punto fijo.
DOC. Si usted no, ¿quién sabe eso?
ROS. ¿Pero, ella le quiere á usted?
JUA. Tampoco lo sé de cierto:
puedo decir, Rosalía,
porque no es ningún secreto,
que á mí no me rechazaron
ni su madre, ni Consuelo;
pero su padre...
ROS. ¿Se opone?
JUA. Mire usted... su padre es bueno,
es una buena persona,
señor de claro talento,
pero es un hombre muy rico.
DOC. Caramba, vaya un defecto.
JUA. No, si el defecto no es ese:
está en el convencimiento
que tiene de su riqueza.
Sé que alguno le ha propuesto
esta boda, y él ha dicho
que como tiene dinero
su niña no tiene prisa,
dándole á entender con eso
que puede comprar un novio
cuando quiera, en el momento
que se le ocurra comprarlo.
DOC. Va á comprar un yerno hecho,
como quien compra una capa
que le siente bien al cuerpo.
LEOP. Con los embozos bonitos.
DOC. Pero con el paño viejo.
JUA. Pero eso ya es cuenta suya:
yo, señora, como puedo
pasar sin tanto esplendor,
—lo he sentido por Consuelo
que es una chica muy buena

y por quien yo tuve afecto—
dejé al buen señor tranquilo
con su niña y su dinero.

SRA. DE T. Anda, Mary, que nos vamos.

ROS. ¿Tan pronto ya?

SRA. DE T. Sí, al momento
(Levantándose todos)
ha de venir; va á vestirse.

ROS. Pues vete y ven, que te espero.

LEOP. Si te parece, Juanito... (A Juanito.)

JUA. ¿Qué?

LEOP. Nosotros nos iremos.

JUA. Pues vámonos. Rosalía... (Despidiéndose.)

ROS. ¿Hasta después?

LEOP. ¡Ya lo creo!

ROS. Ven en seguida.

MARY En seguida.

ROS. Y me ayudas al arreglo
de la mesa, que tú tienes
muy buen gusto, y para el centro,
con las luces y las flores,
hay que darle cierto aspecto...

MARY Pondré mis cinco sentidos.

ROS. Basta querer.

MARY Pues por hecho.
(Se van todos foro. Pausa.)

ESCENA IV

CARLOS, CRIADA, ROSALÍA y MARY

CRIADA (Entra segunda izquierda.)
¿Ha llamado el señorito?

CAR. (Entra primera derecha.)
¿A qué hora sale el correo
de Andalucía?

CRIADA A las seis
las recogen.

CAR. Aun hay tiempo:
que la lleven ahora mismo. (Se va la Criada.)
Un delirio, bien comprendo
que es un delirio esta lucha,
pero es tan grande el tormento,

la agonía de mi vida,
que ante nada retrocedo.
¡Rosalía! (Yendo á ella.)

ROS. (Entra foro.) ¡Qué imprudencia!
Por Dios, Carlos, tengo miedo.

CAR. Necesito hablarte á solas.

ROS. Carlos, por Dios.

CAR. ¡Un momento!

(Entra Mary, fondo, saluda con una reverencia á Carlos y va al sofá á buscar su sombrilla.)

MARY Aquí al lado del sofá
la dejé y aquí la encuentro.
(Se van foro, Mary y Rosalía.)

ESCENA V

CARLOS y ROSALÍA

CAR. ¡Desde que te he visto, ha sido
en mí lograrte, el encanto
que con más ansia he querido,
y Dios no lo ha permitido
tal vez por quererlo tanto!
¡Aunque otra vez me envanecen,
pasad de mí los que fueron
sueños que hoy se desvanecen,
que ni el recuerdo merecen
sombras que en sombras murieron!
Dulce y hermosa ambición,
si hoy que naces á la ufana
vida que da el corazón
eres oprobio y baldón,
¿amor, qué serás mañana?...
¡Siempre amé lo irrealizable,
y para hacer lo que he amado
más vil y más deleznable,
encuentro, siendo culpable,
lo que no hallé siendo honrado!... (Pausa.)

ROS. (Entra por el foro lentamente.)
Vengo para terminar
de una vez esta cuestión.
¿Me entiendes? Quiero acabar
de una vez: puedes hablar
que te oigo con atención.

CAR. Haces muy mal al venir
en son de guerra, mujer,
que á la guerra se ha de ir
no ha vencer, sino á morir;
luego el azar es vencer.
ROS. Acabemos.
CAR. Eso quiero.
ROS. Habla en seguida.
CAR. En seguida.
ROS. No esperes más.
CAR. Aun espero.
ROS. ¿No renuncias?
CAR. No; primero
renuncio á mi propia vida.
ROS. No es noble haberme obligado...
CAR. A quien se engañó una vez,
siendo noble y siendo honrado,
si vuelve á ser engañado
no es nobleza, es candidez.
Mientras con fe te he creído,
por tu dicha y por tu bien,
gloria y amor he querido;
me engañaste, y he aprendido
de tí á engañar también.
ROS. Con eso, ¿quieres decirme
que de mi loca aventura
no bastará á redimirme
ni la voluntad más firme,
ni la contrición más pura?
CAR. ¿Tú has creído, tú creías
con inocente fervor,
que con lágrimas podrías
borrar todo el mal que hacías
á quien sólo te dió amor?
ROS. ¿Pero qué quieres de mí?
CAR. Que me quieras.
ROS. No es posible.
CAR. No hay imposible.
ROS. Esto sí.
CAR. Pues sábelo, vengo aquí
á buscar un imposible.
Yo no te obligo, ni es cuerdo
que te pensara obligar,
pero quisiera un recuerdo

de esta delicia que pierdo
cuando la soñé encontrar.
Rosalía, te aseguro,
y no es mi promesa vana,
por lo más grande y más puro
de este mundo, te lo juro,
que yo me marcho mañana
para no volver jamás
en la vida, Rosalía.
¿Lo oyes?

ROS. Sí; ¿te marcharás?

CAR. Me marcho, si tú me das
un instante de alegría.

ROS. Ya ese mismo juramento
lo hiciste, y faltaste á él.

CAR. ¿Y sabes por qué, violento,
he faltado? Porque siento
en mí una duda cruel.
¿Un instante de extravío
piensas tú que pudo darme
el dulce placer que ansío?
¡Tú no fuiste el amor mío
si fuiste ciega á buscarme!...
Pues si tú das, vida mía,
alma y cuerpo, das amor;
sólo el cuerpo, Rosalía,
no es amor, es mercancía,
que lleva el mejor postor.
(Suena la companilla.)
Piensa lo que has de decir;
con bien poco lograrás
la paz en el porvenir, (Marchándose.)
cuando pudiera pedir
con derecho mucho más.
(Vase primera derecha.)

ESCENA VI

ROSALÍA

El paso primero en esta
pendiente fácil del vicio
¡cuesta tanto sacrificio,

tanta lágrima nos cuesta!
Y apenas el paso has dado
¡cuántas lágrimas darás
queriendo volver atrás
á deshacer lo pasado!
Carlos, con tenaz asedio
me exige... ¿Y para borrar
una falta, he de faltar
otra vez? ¡No hay más remedio!
¡Yo, por mi bien, cedería,
pero cedo y más me obligo;
que una falta trae consigo
tantas faltas!...

(Este parlamento lo dirá Rosalía marchándose muy despacio; en segunda izquierda la detiene la voz de Eduardo que entra segunda derecha con el sombrero y el gabán puesto. Eduardo trae una cajita.)

ESCENA VII

ROSALÍA y EDUARDO

EDUAR. Rosalía...
(Yendo á ella cariñoso y sonriente.)
ROS. Eduardo... no te esperaba (Sorprendida.)
tan pronto.
EDUAR. ¿Te ha parecido, (Parándose y serio.)
Rosalía, que he venido
muy pronto?...
ROS. No te aguardaba...
EDUAR. Ya lo veo: yo tampoco
creí jamás que llegase
á verte y contrariase
tu voluntad...
ROS. No...
EDUAR. Fué un loco
pensamiento; ya lo veo.
No te juzgué—es culpa mía—
como eres tú, Rosalía,
sino como te deseo.
(Rosalía, nerviosa, deshoja una flor.)
En cuanto escuché decir
«la sesión se ha suspendido»,

para buscarte, he venido
por si tú querías salir.
Vine creyendo que fuera
darte un placer; ya lo siento,
pues no tienes un momento
para mí, ni uno siquiera.
Ten más calma y más paciencia, (Irritado.)
que no puedo adivinar
por qué, si te vengo á hablar,
has de tener impaciencia.
¿Qué te pasa, dí, que tienes, (Cariñoso.)
cuáles son tus desventuras
para tantas amarguras
y para tantos desdenes?...
Viéndote de esa manera,
¿no comprendes que padezco?
Contéstame, ¿ó no merezco
que me contestes siquiera? (Exaltándose.)
Respóndeme, que ya extraño
tu silencio. ¿Por qué tardas
(Cogiéndola del brazo.)
en decirlo? ¿Por qué guardas
el secreto?

ROS. Me haces daño...

EDUAR. Tu silencio me disgusta, (Dejándola.)
me subleva, mas no quiero
ser contigo tan severo,
aun siendo tú tan injusta.
Si de lo pasado aun queda
confianza en mí, sin dudar,
dime cuál es tu pesar,
que si hay algo con que pueda (Con pasión.)
mitigarse tu tormento,
á realizarlo me lanzo;
¡que si es humano, lo alcanzo,
y si es divino, lo intento!... (Pausa.)
Yo ya no sé qué decirte:
¿es posible, Rosalía,
que no logre todavía
convencerte ni rendirte?
¿Ni aun así logro obtenerlo?
¿Ni aun con súplicas consigo
que mires en mí á un amigo
que tiene derecho á serlo? (Pausa.)

Por lo que puedas querer
más, dí, ¿qué secreto esconde
tu pecho; dí? Habla, responde,
(Con profunda irritación y en voz baja.)
responde y habla, mujer...
No abuses del privilegio
de que me calme y me venza...
dí; ¡aunque fuera una vergüenza,
una infamia, un sacrilegio,
un dolor que mata luego (Exaltándose.)
de oirlo, aunque fuera un crimen
de esos que no se redimen
ni con lágrimas de fuego,
ahora lo puedes decir,
porque prefiere mi ser
morir, después de saber,
á dudar, para vivir!... (Pausa.)
Ya no insisto, ya no lucho,
pero ya empiezo á pensar,
(Eduardo le arranca de las manos la flor y la tira.)
que nada quieres hablar
por temor á decir mucho.
Vete. Empezamos aquí,
tú, á ocultarme lo que piensas,
yo, á creer que son inmensas
desventuras para mí.

ROS. Te juro...

EDUAR. No, Rosalía,
porque así tal vez creyera
que has hallado una bandera
que encubra una felonía.
Y si eres buena y honrada,
¿para qué quieres jurar,
si nadie habrá de dudar
de quien no ha faltado en nada? (Pausa.)
Ahora estoy siendo juguete
de tu terca obstinación:
acabemos la cuestión
en paz. Vete, he dicho, vete.
¿No has oído lo que he dicho,
ó quieres que me arrebate
con tu silencio, y te trate...
como no quiero? Un capricho
tan extraño, merecía

otra conducta. No aguardo
más; vete ya. (Empujándola)

ROS. ¡Eduardo!
¡Eduardo!...

EDUAR. ¡Rosalía! (Pausa.)

ESCENA VIII

DICHOS, DON JOSÉ, DOCTOR

JOSÉ (Entrando por el foro.)
Pero, Eduardo, te escapaste,
materialmente escapado,
en cuanto hemos suspendido
la sesión. Con los Jurados
no cambié más que un saludo,
(Se va Rosalía segunda izquierda.)
y salí á buscarte al patio
porque como me dijiste
que me esperabas en cuanto
terminasen el juicio...

EDUAR. No creí que tan temprano
suspendieran la sesión. (Entra el Doctor, foro.)
Rosalía me había hablado
de salir, y por si aún era
tiempo, no quise dejarlo.

JOSÉ Has hecho bien... ¿y qué es eso?
¿un regalito?

EDUAR. Un regalo.

JOSÉ Una atención de marido,
digna de especial agrado,
porque en eso los esposos
suelen ser bastante parcos.
Yo también voy á entregarle
á Rosalía este ramo
de flores.

DOC. (Cogiendo el estuche que lleva y abriéndolo.)
Pero son flores
de brillantes y topacios
y esmeraldas: hombre, hombre,
esto ya es mucho regalo.

JOSÉ Que ha de ser, nada, un recuerdo...
(Se va don José segunda izquierda.)

DOC. ¿Qué pasó en ese Jurado?...

ESCENA IX

DOCTOR, EDUARDO

EDUAR. Una mujer, con pasión
adorada.
DOC. Pues no es nada
lo que dices, ¡adorada!
EDUAR. Eso es.
(Se vuelve y con desdén echa la cajita encima de la mesa, luego al Doctor.)
Adoración.
Pródiga de su belleza,
triunfa y goza y se embriaga
de vida, mientras le halaga
la juventud y la riqueza.
DOC. Como todas: maravillas
de bondad, níveo color,
labios de grana y frescor
de rocío en las mejillas.
No importa: ya aprenderás
con los años á saber
que no es angel la mujer,
sino mujer nada más.
EDUAR. Para ser feliz, su estrella
la vió nacer: parecía
que todo le sonreía
buscando sonrisas de ella. (Pausa.)
Cuando la creí dichosa,
sin saber por qué, por nada,
la hallé desasosegada,
inquieta, febril, nerviosa
DOC. Es una alarma quimérica,
que todo hombre es algo loco;
toda mujer tiene un poco
de neurótica, de histérica,
y yo, Eduardo, apostaría,
que ese es el mal de tu enferma;
dale un calmante, que duerma,
y está buena al otro día.
EDUAR. ¡Si apenas duerme un momento
y se despierta azorada,

temblando, con la mirada
fija y rápido el aliento,
como quien teme dormir
por si durmiendo soñara
y en el sueño confesara
algo que sienta decir!...

DOC. Hasta ahora no hay cuidado
ninguno. ¿No te ha ocurrido
nunca á tí, estando dormido,
despertar sobresaltado,
oyendo en tu habitación
ruidos, voces, que te agitan?
¡Y son los nervios que gritan
allá en tu imaginación!...

EDUAR. Tener un pesar profundo,
y oir su risa estrepitosa,
por nada, por cualquier cosa,
la más insulsa del mundo,
obligándome á pensar
que ríe para fingir,
como quien se echa á reir
para no echarse á llorar!...

DOC. ¿Siente dolores?

EDUAR. Alguno,
muy poco.

DOC. ¿El pulso agitado?

EDUAR. No; muy débil, retardado, (Distraido.)
casi sin pulso ninguno.

DOC. ¿Y tiene sofocación?

EDUAR. Hoy tuvo un pequeño acceso.

DOC. Pues fíjate bien en eso,
que es síntoma de afección
cardiaca. Principalmente,
mira si hay palpitaciones,
ó notas alteraciones
en la voz, y si se siente
con claridad, al auscultarla,
un ruido á la manera
de un fuelle, ó la voz se altera;
entonces debes tratarla
usando la digital
y el café, si lo resiste,
y para el dolor, pudiste
darle bromuro ó cloral.

Es muy fácil que esto sea,
pero hay que estar prevenidos,
porque esos mismos latidos,
esa tos y esa disnea
son síntomas de otras muchas
dolencias, y hay que tratar
los síntomas sin tardar
porque... ¿pero no me escuchas?
Se necesita paciencia:
yo que ahora te estoy hablando
con tanto afán, derrochando
aquí toda mi elocuencia,
y mientras uno por uno
estos síntomas te cito,
tú en las Batuecas, ¡maldito
si me haces caso ninguno!...

EDUAR. Yo temo por Rosalía.

DOC. Pues haces perfectamente.
Quien teme, es hombre prudente,
y eso es la sabiduría.

EDUAR. En serio.

DOC. Si no hay motivo.

EDUAR. Desde que ella está intranquila,
no sé qué temor vacila
en mí; y de temor no vivo,
porque actitud tan violenta
y silencio tan extraño,
si no es delirio, es engaño,
y siendo engaño, es afrenta.

DOC. Ella está enferma.

EDUAR. ¡Ojalá!

DOC. ¿Tú qué dices?

EDUAR. Que sería
su enfermedad mi alegría.

DOC. ¿Pero tú estás loco?

EDUAR. Ya
sé que lo he de parecer;
pues lo que digo responde
á un afán guardado donde
ninguno lo pudo ver.

DOC. Pues sigue la opinión mía:
vete á tu cuarto al instante...
y te tomas el calmante
que receté á Rosalía.

EDUAR. En serio. (Pausa.)
DOC. Pues has pensado
mal, pensando en una ofensa,
que el hombre que engaños piensa,
merece ser engañado.
EDUAR. ¿Tú dudas de mí?...
DOC. Quizás,
porque quien tiene nobleza
dentro de sí mismo, empieza
por pensarla en los demás.
EDUAR. Si es que el aire que respiro
llega á mí tan impregnado
de no sé qué malhadado
veneno, que cuanto miro
me habla del mal que me acecha.
DOC. ¿Conque tú sospechas...
EDUAR. (Cortando la frase) Sí.
DOC. Una infamia contra tí?
Pues la infamia es tu sospecha.
EDUAR. Es que siento una ruindad
que se acerca, como siento
en las ráfagas de viento
cercana la tempestad.
Es que ya siento que estalla
de angustia mi corazón...
DOC. Calla... (Cortando.)
EDUAR. (Seguido.) Al pensar en traición,
en afrenta...
DOC. (Tapándole la boca.) ¡Calla... calla!... (Pausa.)

ESCENA X

DICHOS y DON JOSÉ

JOSÉ ¿A que adivino?
DOC. Adivina.
JOSÉ Tú nervioso, tú asombrado;
de seguro te ha contado
la escena: no se imagina
uno que haya tanto horror.
Que sólo oyendo una frase
á un extraño, se temblase
como con propio temor.

DOC. (A Eduardo.)
Pero, ¿qué es lo que ha ocurrido?
JOSÉ Se quedó la gente estática
ante una escena dramática
de primer orden.
DOC. ¿Qué ha sido?
JOSÉ Mediada ya la sesión
del Jurado, declararon
los médicos, é informaron
con tal fe y tal convicción,
que sus palabras oprimen
el alma, y se nos figura
ver un caso de locura
en aquel caso de un crimen.
Eduardo estuvo elocuente:
á todos nos convenciste.
¿Te acuerdas cuando dijiste,
probando que era inocente
(Eduardo se va hacia la mesa.)
aquella mujer, que había
tan sólo una explicación
del crimen, en la pasión
ó en la codicia? ¿E influía
pasión? No, porque era honrada
y adorada del marido.
EDUAR. ¿Adorada? (Volviéndose de pronto.)
JOSÉ Te lo he oído
decir bien claro: adorada.
¿Tacharla de codiciosa?
Tampoco hay razón ninguna,
pues era de él la fortuna;
una fortuna asombrosa,
sin hijos, sin que tuviese
más que cuidarse á sí mismo;
de modo que el egoismo,
si lo hay, está en que viviese...
(Imitando el tono de Eduardo.)
«No hay causa en tal desventura,
y si no podéis creer
que se mata por placer,
pensad que fué por locura,
y no manchéis con impío
castigo á una desdichada
mujer que se ve privada

de razón y de albedrío...»
Te digo, y puedes creerlo,
que á todos nos asombraste;
á unos por lo bien que hablaste,
y á otros por no entenderlo.
Nos habló de la constante
ley de herencia, la neurosis...
en fin, Doctor, una dosis
de erudición aplastante.
Un Jurado, un tal Sarrén,
al hablar del atavismo,
me dijo: «Pienso lo mismo,»
y le dije: «Y yo también.»
Al salir, me preguntó
en confianza: «¿Qué es eso
del atavismo? Confieso
que no lo sé...» «Tampoco yo.»
«Pues á fe de Juan Sarrén,
digo, que del atavismo,
sigo pensando lo mismo...»
Y le dije: «Y yo también.» (Pausa.)
¿Quieres hacerme el favor
de decirme lo que os pasa,
ó es que hacéis la fiesta en casa
con cara de inquisidor?
Ahora le llevo á tu esposa (A Eduardo.)
mi regalo; una friolera,
y no la mira siquiera
y me dice que es preciosa.
¿Puedo saber qué misterio
hay en esto?

DOC. Si no hay nada:
Rosalía está afectada
porque Eduardo está serio.

JOSÈ ¿Y por qué estás serio un día (A Eduardo.)
como el de hoy, dí, por qué?

DOC. ¿Cómo quieres tú que esté
viendo tristê á Rosalía? (Vase á Eduardo.)

JOSÉ (Es una cosa observada,
y que me trae preocupado,
que desde que soy Jurado
no me entero ya de nada.)

EDUAR. (Quiero saber la verdad.) (Al Doctor.)

DOC. Busca, mas que no trascienda;

no traigas á tu vivienda (A media voz.)
la ajena curiosidad.

EDUAR. Es que sufro.

DOC. Pues padeces
en silencio: ¡publicar
la deshonra de tu hogar,
es deshonrarte dos veces!

EDUAR. (Levantándose febril.)
¿Piensas tú, que ella quizás
pudó?...

DOC. (Interrumpiéndole.) Mi temor no es ese;
mas calla, por si no fuese.

EDUAR. ¿Y si fuese?

DOC. ¡Calla aun más!
(Se vuelve á sentar Eduardo.)

JOSÉ (Aunque yo no me doy traza
de observador, aquí hay algo;
y en el monte no es el galgo
(Suena la campanilla.)
quien coge siempre la caza...

DOC. Han llamado... ¿No has oído?

EDUAR. ¿Y qué quieres?

DOC. Alegría
en tu cara.

EDUAR. ¿Que me ría?

DOC. Sí: la risa del vencido
le arrebata la mitad
del triunfo al vencedor...
Finge: es preciso.

JOSÉ (Advirtiéndole.) Doctor...

EDUAR. Quiero saber la verdad... (Bajo.)

ESCENA XI

DICHOS y MARY

JOSÉ Viene Mary.

DOC. Bien venida.

MARY He cumplido mi palabra:
en diez minutos, de vuelta.
¿Y Eduardo?

DOC. Mira, trabaja.

MARY ¡Qué talento va á tener!...

JOSÉ ¿Quiere usted ser comandanta,
Mary?
MARY ¿Retirada?
JOSÉ No;
por usted pido mañana
volver al servicio activo.
MARY Lo pensaré. (Riendo.—Se va.)
JOSÉ ¡Qué muchacha!
DOC. ¡Qué viejo!
JOSÉ ¡Qué insoportable
estás hoy!...
DOC. ¿Paz?
JOSÉ (Dándose la mano.) Concertada.

ESCENA XII

DICHOS, menos MARY

JOSÉ Voy á acabar de contarte
lo del Jurado.
DOC. Bien, cuenta.
JOSÉ Estábamos convencidos
todos, hasta la evidencia,
de no haber causa ninguna
más que la locura de ella,
cuando aparece un testigo
que la acusación presenta,
y que vino está mañana
de Plasencia ó de Palencia,
de no sé dónde, y declara,
diciendo que tiene pruebas,
que es falso que no hay causa,
y que es falsa la demencia,
y falso el dictamen médico,
y hasta es falsa la tristeza
que consume á esa mujer.
Por poco más, nos demuestra
que son falsos los Jurados,
y falsa la Presidencia,
y el público, y los ugieres;
sólo es verdad lo que él cuenta.
DOC. Pero, bien; ¿qué es lo que dijo?

JOSÉ Ten un poco de paciencia...
Pues dijo: «Tiene un amante.»
DOC. ¿Y ella?
JOSÉ (Entusiasmado.) ¿Ella? ¿Viste una fiera,
cómo sintiéndose herida
de muerte se vuelve ciega?...
DOC. No la he visto. (Interrumpiéndole.)
JOSÉ (Pausa.) Yo tampoco;
pero...
DOC. Como si la viera.
Sigue.
EDUAR. No sigas. Los vió
el marido; ¡fué la eterna
tragedia! Se aprovecharon
de su asombro, y como fieras, (A José.)
ella temblando por él,
y él animado por ella,
le vencieron... Fué un buen golpe
el suyo... tuvo certera
la mano y seguro el pulso...
DOC. ¿Y cómo dejaba ella
que la condenaran sola?
No supo ser compañera
leal, para un hombre honrado,
y vino á ser, satisfecha,
mártir del vicio...
EDUAR. Misterios
del alma, que no se llegan
á explicar.
JOSÉ (Con ironía.) ¿Y la locura?
EDUAR. Era nuestra: no era de ella.

ESCENA XIII

DICHOS, GARCÍA entra con un criado que se retira

GARCÍA Ustedes perdonarán (Entrando.)
si vengo tal vez muy pronto,
pero á las cinco es la junta...
DOC. Mi amigo don José Torno
y el señor García, ponente (Presentándolos.)
de la comisión de Códigos.
GARCÍA Secretario.

JOSÉ Sí, es lo mismo.
GARCÍA Lo mismo, no.
JOSÉ (Bien, no logro
entender á nadie...)
GARCÍA Vengo
á buscar el luminoso
proyecto que usted ha escrito
sobre delitos morbosos,
que la Academia discute,
y la Junta, á que me honro
de pertenecer, desea
estudiar, para en el Código
penal, que está reformando,
introducir, como es lógico,
la eximencia de esos actos,
producto de impetuosos
é irresistibles impulsos
pasionales.
JOSÉ ¡Qué demonio! (Aparte al Doctor.)
Doctor, es irresistible
este hombre impetuoso.
GARCÍA ¿Quiere usted darme el proyecto?
EDUAR. Sí: aunque he tenido el propósito
de hacer algunas reformas.
GARCÍA ¿En lo esencial, en el fondo?
EDUAR. No, en detalles.
GARCÍA No hace falta:
va bien como le conozco,
y ya que ha de discutirse,
después se corrige todo.
Lo principal es que estemos
conformes en que los locos
no pueden ser responsables
de sus locuras.
DOC. Es lógico.
GARCÍA Y conformes en que son
actos de demencia todos
los absurdos.
DOC. Sí, conformes.
JOSÉ No, pues yo no me conformo
si no los tienen atados.
GARCÍA El hombre es libre, y tan solo
cuando causa daño puede
llevársele á un manicomio.

JOSÉ Sí, al asno muerto...
GARCÍA Encerrarle
por si acaso, era un oprobio,
aparte de que sería
preciso encerrar á todo
el mundo; y medir después
su delito por el Código
es otra infamia.
JOSÉ Bah, el loco
por el delito, que sea
cuerdo por la pena.
GARCÍA Como
se engaña usted, si eso piensa.
JOSÉ Ustedes van en apoyo
del criminal.
GARCÍA No, del hombre
desgraciado, señor Torno.
DOC. Del que no tiene albedrío.
JOSÉ Pues por vida del demonio,
acudan ustedes antes
de que maten.
DOC. De ese modo
volvíamos al sistema
preventivo.
GARCÍA A aquel odioso...
JOSÉ ¡Cuidado con el sistema
de estos médicos famosos!
Mujer que falta, neurótica,
y el hombre que mata, loco.
Pero amigo, á esa locura
le llama crimen el Código
y la castiga á pesar
de todos los antropólogos...
DOC. (Aparte á García.)
Es un militar muy bravo
y leal, pero muy tosco.
JOSÉ ¿No estás conforme? (A Eduardo.)
EDUA. Con ellos.
GARCÍA ¿Y es Jurado el señor Torno?
JOSÉ Sí, señor, y convencido. (Volviéndose.)
DOC. ¿De qué?
JOSÉ ¿Pues de qué?... De todo.
GARCÍA Eso es no estarlo de nada.
EDUAR. ¿Quiere usted, por ser más cómodo

y tranquilo, que pasemos
al despacho?

GARCÍA Señor Torno...

JOSÉ Señor García...

DOC. Perdona
un momento...

JOSÉ Sí... (Están locos.)

ESCENA XIV

JOSÉ

Pues señor, no sé qué hacer...
¡En menudo compromiso
de conciencia nos ha puesto
ese maldito testigo!...
Es tremendo el crimen: ya
no cabe más veredicto
que de culpabilidad;
pero votarlo es lo mismo
que matarla con mis manos...
Si fuera un hombre, un bandido
que blasfema y que amenaza
en señal de desafío...
Pero una mujer que llora...
¡Por vida de quien me hizo
Jurado, lo estrangulaba! (PAUSA.)
En conciencia, ha merecido
la muerte y no he de faltar
á mi conciencia. (PAUSA.) Hoy le he dicho
á Rosalía que cuente
para salvarla, conmigo...
¿Cómo falto á Rosalía?
¿Cómo salgo del conflicto?
Si no condeno, á sabiendas
soy, por no darle el castigo,
mal ciudadano y mal Juez,
y si la mando al suplicio...
¿Al suplicio? ¿Yo verdugo?
No, jamás, primero emigro...

ESCENA XV

JOSÉ y DOÑA AUGUSTA

JOSÉ ¡Ay, señora!
AUG. ¡Ay, caballero!
JOSÉ No puedo más.
AUG. ¡No es posible!
JOSÉ Esto es horrible.
AUG. Es horrible.
JOSÉ Yo me mato.
AUG. Y yo me muero.
JOSÉ ¿Por qué se muere usté ahora?
AUG. ¿Pero usted, por qué se mata?
JOSÉ Yo no trato...
AUG. ¿Usted no trata?
¡Ay, caballero!
JOSÉ ¡Ay, señora!
AUG. Lo que aquí son los criados,
no se comprende siquiera.
JOSÉ No, pero si usted supiera
lo que somos los Jurados...
AUG. Ellos no saben de nada.
JOSÉ ¿Y nosotros, qué sabemos?
AUG. Nunca entienden.
JOSÉ No entendemos.
AUG. Parece que les agrada
el hacer lo más sencillo
al revés... en fin me callo. (Pausa.)
JOSÉ ¿Sabe usted lo que es un fallo?
AUG. ¿Al tresillo?
JOSÉ ¡Qué al tresillo!
¿Un fallo del Tribunal
que empieza por resultandos,
sigue por considerandos
y una sentencia al final?
AUG. Aunque no por experiencia
propia, de oídas lo sé.
JOSÉ Buena suerte tiene usté.
*Conozco yo una sentencia
*de un supremo tribunal,
*deliciosamente hecha:

*Resultando que en tal fecha,
*por la pragmática tal,
*se le concedió que hiciese
*á un antepasado mío,
*á la orilla de tal río
*un molino *que moliese.*
*Considerando que el pliego
*de la concesión sacada
*no menciona ni habla nada
*del agua del río... luego
*fallamos: que no hay derecho
*para coger agua.

AUG. *¡Hombre,
*pero eso no tiene nombre!

JOSÉ *¡Vaya si lo tiene!

AUG. *¡El hecho
*es raro!

JOSÉ *Raro en extremo,
*pues si el agua no se cuela,
*¿cómo querrán que se muela
*los señores del supremo?

AUG. *¿No habrá podido moler?

JOSÉ *No; se tuvo que aguantar... (Pausa.)
*¡Y así tengo que fallar!

AUG. *Pues buena la va usté á hacer...

JOSÉ ¡Y una sentencia de muerte!
Vamos, señora, es tremendo.

AUG. ¿Pero qué está usted diciendo?

JOSÉ Lo que usted oye.

AUG. De suerte
que usted, un hombre de honor,
de conciencia, ¿quiere ser
verdugo de una mujer?

JOSÉ La ley.

AUG. ¡Qué ley! No, señor.
A mí no hay ley que me obligue.

JOSÉ Dios la condena á esa pena.

AUG. Pues si es Dios quien la condena
que sea Dios quien la castigue.

JOSÉ Es verdad: esas razones
soy el primero en decirlas,
pero al tratar de cumplirlas
me entran unas confusiones...
Es mi deber el juzgar.

AUG. Pues cumpla usted su deber.
JOSÉ ¿Y soy justo?
AUG. ¡No ha de sèr!
JOSÉ ¡Y aquí lo justo es matar!
AUG. Lo que es eso, ni pensarlo
si usted quiere ser mi amigo.
JOSÉ ¿Lo ve usted? ¡Cuando yo digo
que no hay modo de acertarlo!
AUG. El librarla es caridad.
JOSÉ Lo que es yo, por mí, la absuelvo
en seguida, á ver si vuelvo
á tener tranquilidad.
AUG. Ya le doy á usted la mano
con más gusto, don José,
pues sigo viendo en usté
un buen amigo.
JOSÉ Así gano
fama...
AUG. De bueno...
JOSÉ (Con ironía.) Y leal.
AUG. ¿No es usted leal? ¿Con quién?
JOSÉ Si como hombre hago bien,
como juez hago muy mal.
AUG. Pero juez lo es usté, ahora,
un momento, mientras que
hombre lo ha de ser usté
siempre.
JOSÉ Siempre; sí, señora.
AUG. Y yo sigo aquí charlando
como si no hubiera nada
que hacer: estoy mareada.
JOSÉ ¿Y Rosalía?
AUG. Acabando,
ella y Mary, á toda urgencia,
de arreglar allá las cosas:
¡diez mil claveles y rosas
que han venido de Valencia!
Se puede usted figurar
lo que eso tiene que ser:
con decir que desde ayer
no ceso de traginar...
Y mi pobre Rosalía
lo ha arreglado con un gusto
todo... pero hoy me dió un susto...

se me quedó fría, fría...
con un sudor como hielo,
y una cara como cera...
si yo no la sostuviera
se me cae redonda al suelo.

JOSÉ ¿Fué debilidad?

AUG. Tal vez:
yo al menos eso creí,
y, por si acaso, le dí
una copa de Jerez.

JOSÉ ¿Y se le pasó?

AUG. Al momento.

JOSÉ Me alegro. Vaya, me voy
á vestirme: lo que es hoy
no salgo de aquí. (Marchándose.)

AUG. Que cuento
con usted.

JOSÉ Sí.

AUG. ¿Pronto?

JOSÉ Sin
perder minutó. (Se van fondo izquierda.)

AUG. ¿Usted vió
el salón?

JOSÉ No.

AUG. Pues quedó
precioso: está hecho un jardín.
(Se van fondo derecha.)

ESCENA XVI

Un CRIADO, después ROSALÍA

CRIADO (Con una bandeja, entra lateral izquierda.)
¡Jesús, cómo está la casa!
Hay que dar toda la vuelta...
¡Yo no sé por qué le dicen
á estos tragines dar fiestas!
Desde la señora al pinche,
todos andamos á vueltas
hace ocho días, y luego
que bailen y coman, quedan
otros ocho por lo menos

para arreglarla, pues dejan
la casa que es una lástima.

ROS. ¿Qué llevas? (Entra lateral derecha.)

CRIADO Una bandeja.

ROS. ¿Quién la ha traído?

CRIADO Un criado
de la señora condesa
de Ramos.

ROS. Y le darían...

CRIADO Un duro.

ROS. Bien. La bandeja
póngala en el comedor,
y usted lléguese á la tienda
de flores del Caballero
de Gracia, y que tengan
dos *bouquets* más: que á las siete
los quiero. De paso, á Viena,
(Marchándose el Criado.)
que el helado aquí á las once:
mejor á las diez y media
en punto. A Pepe, que vaya
á dar aviso á la eléctrica
para la lámpara: ¡á ver
si me va á dejar sin ella!

CRIADO Han ido ya esta mañana.

ROS. Bueno, no importa; que vuelva.
(Vase Criado lateral derecha; Rosalía sigue hacia fondo; Carlos sale segunda lateral izquierda.)

ESCENA XVII

ROSALÍA y CARLOS, luego EDUARDO

ROS. ¡Carlos!... Esto es imposible. (Enojada.)

CAR. ¿Y qué quieres, Rosalía,
que haga, si la estrella mía
me impulsa á tí?

ROS. No es creíble
que sea amor; será despecho.

CAR. Llámale tú como quieras,
pero si tú lo sintieras
como yo, dentro del pecho,
comprenderías un mal

que me arrastra al frenesí, (Con pasión.)
y es fuego, al pensar en tí,
y al verte, es frío glacial. (Pausa y con frío)

ROS. Acaba ya este martirio.

CAR. ¿Piensas que en mí no es dolor?

ROS. En tí es odio.

CAR. En mí es amor.

ROS. En mí espanto.

CAR. En mí delirio.
Pero odio, espanto, pasión,
delirio, amor, ¡lo que sea!
¡cómo la sangre golpea
sin cesar mi corazón!

ROS. *¡Carlos! (Pausa.)

CAR. *Dime; ¿no es verdad
*que tú sacrificarías
*gustosa tus alegrías
*por hallar tranquilidad?

ROS. *Sí; ¡por hallarla daría
*horas de vida!

CAR. *Pues bien,
*si tú las das, yo también
*quiero darlas, Rosalía.
*Pocos instantes te restan,
*y si al fin logras tus sueños,
*¿no creerás que son pequeños
*los martirios que te cuestan?

ROS. *Pero pides sin cesar...

CAR. *Esa es mi vida, pedir.

ROS. *Lo que no puedo ni oir.

CAR. *Esa es mi suerte, no hallar.

ROS. *No eres justo.

CAR. *¿Y quién lo es?
*¿Lo eres tú que me juraste
*aguardar y me olvidaste?
*¿Lo es tu madre, que después
*que por tu amor me animó
*á marchar, con sus consejos,
*y en cuanto me tuvo lejos
*hasta mi nombre olvidó?
*¿Lo es el Doctor, que sabía
*mi pasión y mi pobreza,
*y compró con su riqueza
*para su hijo á Rosalía?

*¿Eduardo, que me quitó
*tu cariño y mi ideal?
*¿Pues si nadie fué leal,
*para qué lo he de ser yo?
*¿Se gana más siendo así?
*¡Pues á serlo! y ya en mí mismo
*veo tal fondo de egoismo
*que no pienso más que en mí.

ROS. Aguarda...

CAR. ¿Qué he de aguardar?
O lo que piensas no entiendo
ó piensas en algo horrendo...

ROS. ¡No!

CAR. Entonces, ¿qué he de esperar?

ROS. Esperar que esa amargura
te endulce alguna mujer...

CAR. ¡Y mientras habré de ver
tranquilo vuestra ventura,
que en su bondad inefable
(Rosalía va despacio á la mesa.)
parece que Dios alarga
la vida cuando es amarga,
no cuando es dulce y amable!...

ROS. ¡Qué alegría! (Viendo el estuche.)

CAR. ¿Qué dolor
será el que llega?

ROS. (Temí
que se olvidara de mí,
pero aun conservo su amor.)

CAR. Ya se agotó mi paciencia,
ya se colmó la medida... (Yendo á ella.)

ROS. No es nada... pasa en seguida... (Un ahogo.)
me da con mucha frecuencia
este ahogo...

CAR. ¿Llamo?...

ROS. No,
por favor, no llames, Carlos,
porque no quiero asustarlos...
si no es nada... ya pasó...
Descanso... y pasa... (Marchando.)

CAR. (Deteniéndola.) Antes, dí...

ROS. ¿Aún?

CAR. ¡Siempre!

ROS. ¡Qué ceguedad!

CAR. ¡Qué amor!
ROS. ¡Carlos, por piedad!
CAR. ¿Y quién la tendrá de mí? (Pausa.)
A mí mismo, odio me inspiran
los afectos que en mí luchan:
hablarte, cuando no escuchan;
mirarte, cuando no miran;
acechando, para verte,
quien viene y va por tu casa,
averiguando quién pasa
y al pasar tú, detenerte.
Y así llevo todo el día
de hoy, que eterno parece,
y ya tanto afán merece (Duro.)
que á él respondan, Rosalía. (Pausa.)
ROS. Eres más fuerte, lo sé,
y por la paz de este hogar
te debo sacrificar
todo. Bien; mañana iré. (Despreciativo.)
Ni aún me consientes hoy
que en mi amor propio me escude;
quise luchar y no pude,
me venciste, tuya soy.
Botín de guerra: podrás
saciarte de lo que ansiabas;
si eso fué lo que buscabas (Marcando el desdén.)
eso es lo que encontrarás.
CAR. Eso no basta.
ROS. Pues bien,
manda tú que eres quien mandas.
CAR. ¿Y no comprendes que agrandas
mi pasión con tu desdén?
Que no le basta al que siente
sed hidrópica, tener
el agua para beber,
¡quiere el agua transparente!
ROS. Pide. (Con desaliento.)
CAR. ¡Amor!
ROS. Amor tendrás.
CAR. Un día solo...
ROS. Sólo un día.
CAR. Y después á Andalucía
por siempre...
ROS. No puedo más.
(Apoyándose en la mesa.)

CAR. A aquella heredad lejana,
á no oir mundanos ecos,
á ver mis árboles secos (Triste.)
y á cuidar mi madre anciana... (Pausa.)
Mas ¡qué importa!... Esta victoria (Transición.)
me embriaga de alegría...
(Entra Eduardo de frac, fondo.)
quererme tú... (Corre á ella y la coge de la mano.)

ROS. Sí...

CAR. ¡Y ser mía!

ROS. ¡Qué lucha! (Dejándose llevar.)

EDUAR. (Tapándose la cara.)
¡Qué horror!

CAR. (Levándosela.) ¡Qué gloria! (Se van.)

ESCENA XVIII

EDUÁRDO, DOCTOR

(En el momento de marcharse Carlos y Rosalía, primera izquierda, sale el Doctor segunda izquierda, los ve, ve inmediatamente á Eduardo, y abre los brazos para que no pase. Eduardo, que vaciló un momento, se lanza tras ellos, pero lo detiene su padre.)

EDUAR. ¡Paso! (Amenazador.)

DOC. ¡No!

EDUAR. Hicieron pedazos
mi corazón y mi suerte,
¡pues á buscar vida ó muerte!...

DOC. ¡Toma la vida en mis brazos!...
(Al querer pasar Eduardo, el Doctor se abre de brazos y le impide andar. Ni Carlos ni Rosalía se aperciben de haber sido vistos. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Salón de entrada para otros salones Los hombres de frac: las señoras traje de baile

ESCENA PRIMERA

EL MARQUES, JUANITO, MARY y LEOPOLDO: los demás personajes, los indica el diálogo

MARQ. ¿Será verdad lo que cuentan?
JUA. Contarán tantas verdades...
MARQ. ¿Sabe usté á que me refiero?
JUA. Á los palos de ayer tarde.
MARQ. No, hombre, no; á los de la noche.
JUA. ¿Pero, quiénes?
MARQ. Hoy se baten,
es decir, se habrán batido...
JUA. ¿Pero, quién?
MARQ. Aquel Perales
que monta una jaca torda,
con un sobrino de Carmen
Rubio.
JUA. Sí, ya sé quien es.
¿Y á qué se baten?
MARQ. A sable.

LEOP. ¿Conque usté no se decide?
MARY No lo sé.
LEOP. ¿Pues quién lo sabe?

MARY Ese es asunto muy serio, (Riéndose.)
para tratado en un baile.
LEOP. ¿Desconfía usted?
MARY Jamás.
LEOP. ¿Luego, usté cree?...
MARY ¿Yo? en nadie.

MARQ. Pues hágame usté el favor,
si piensa usted visitarle
mañana...
JUA. Con mucho gusto.
MARQ. Le dice usted que me guarde
un asiento, y que á las dos
en punto estaré á buscarle.
¿Usted no ya á las carreras?
JUA. Yo sí; pero iré más tarde
con Pepe Reina.
MARQ. ¿Ha venido?
JUA. Viene mañana.
MARQ. ¿A quedarse
mucho tiempo?
JUA. No, los días
de las carreras.

MARY Qué grave
dice usted eso, Leopoldo. (Riéndose.)
LEOP. ¿Y usted lo duda?
MARY ¿Enfadarse
hasta el punto de reñir?
LEOP. Pero Mary, si la madre
es imposible de adusta,
y no hay nadie que la aguante.
MARY Usted le tomó ojeriza,
porque no quiere que hable
Lola con usted.
LEOP. La niña
se parece ya á la madre.
MARY No hace usted buenas ausencias.
LEOP. Ni ellas buenas amistades.

ESCENA II

DICHOS, EDUARDO y JOSÉ; luego DOÑA AUGUSTA

JOSÉ — Repito que he meditado,
y mi actitud no se altera;
conque dime la manera
de librarme del Jurado.

EDUAR. — Ponte enfermo.

JOSÉ — Y al notar
mi falta, señalaría
el Presidente otro día...

EDUAR. — Y entonces vuelta á enfermar... (Distraído.)

JOSÉ — Yo comprendo que es muy justa
la pena en esa mujer,
pero yo no puedo ser
su Juez. Hoy á doña Augusta
le dije que la salvamos
entre tú y yo... mas no quiero
seguir, porque considero...
Que no soy Jurado, vamos...

EDUAR. — Pues debes serlo.

JOSÉ — ¿Qué dices?

EDUAR. — Que la debes condenar.

JOSÉ — Pero, cómo...

EDUAR. — Sin dudar.

JOSÉ — Mas, ¿y aquellas infelices
neuróticas de que hablabas?
Aquella mujer que gime
histérica, ¿no la exime?

EDUAR. — ¡No!

JOSÈ — Entendí...

EDUAR. — Pues te engañabas.

MARY — (Acercándose á José que mira asombrado á Eduardo.)
Don José...

JOSÉ — Mary.

MARY — Un favor.
¿Usted es Jurado?

JOSÈ — ¿Yo?

MARY — Usted.

JOSÉ — Sí... no... es decir... no lo sé.

MARY Siempre de tan buen humor.
JOSÉ Como no lo pierda ahora,
ya no lo pierdo jamás.
MARY ¿Por qué?
JOSÉ No puedo hablar más. (Reservándose.)
MARY (Encogiéndose de hombros.)
Bien. Mamá y otra señora
quieren ir á la sesión
de ese crimen, y han contado
con usted.
JOSÉ Muy bien pensado.
Que vayan con precisión
á las doce; que no pasen
de esa hora, pues la gente
suele ser muy exigente,
y es fácil que no encontrasen
sitio.
MARY Mil gracias... Marqués...
(Saludándole, que se acerca con Juanito.)
JOSÉ ¿Quiere usted ser comandanta?...
MARY No, ni pensarlo, me espanta
un juez.
JOSÉ Y á mí.
MARY ¿Usted lo es?
JOSÉ No, Mary.
MARY ¿Cómo que no?
JOSÉ Es para mí tan horrible,
que me parece imposible
que lo siga siendo yo.
MARQ. Oiga usted, también quisiera
que usted me proporcionase
para esa sesión, un pase...
JOSÉ Sí, hombre, sí, los que usted quiera.
JUA. Mis primas, las de Centellas,
quisieran...
JOSÉ Sí; esté usted tranquilo.
Yo pediré medio kilo
de papeletas ¡y á ellas! (José se aparta.)

AUG. (Que ha entrado.)
Oye, Eduardo, la de Carles
ha venido con su hermano,
y la de López Quijano:

debes ir á saludarles.

EDUAR. ¿Dónde están?

AUG. En el salón.
Yo voy á ver si han traído
los helados, que ya han ido
dos veces... (Se van Eduardo y doña Augusta.)

JOSÉ (Aparte, marchándose detrás de Eduardo.)
¿Por qué razón
el Doctor me habrá mandado
que á Eduardo acompañase
siempre, y que no le dejase
ni un momento abandonado?

MARY ¿Y usted, por qué no se casa,
Juanito?

LEOP. Porque no tiene
tiempo...

MARY Sí, pero entretiene
á dos ó tres, y ya pasa
de broma.

JUA. ¡Mary, por Dios!...
Eso es darme mala fama...

MARY ¿Consuelo y Rita?... ¿Se llama
Rita? (A Leopoldo.)

LEOP. Sí.

MARY Pues ya son dos.
Veo que cumple usted bien...(A uno que entra.)

CAB. 1.º Cuando usted quiera.

MARY Ahora mismo.
(Le da el brazo, y volviéndose, habla; haciendo mutis con el Caballero.)
Conque ¡á casarse!

LEOP. ¡Al abismo,
Juanito!

JUA. ¡Jamás!

LEOP. Y MARQ. } Amén.

ESCENA III

JUA. ¿Será cierto lo que escribe
ese revistero Eloy? (Pausa.)
Que mañana no recibe
en su casa, la de Uribe,
porque se ha escapado hoy...
LEOP. ¿Con?...
JUA. El cochero.
MARQ. Ha de ser
verdad.
SECRE. ¿Y el marido, solo
y tranquilo?
JUA. ¿Qué iba á hacer,
si el pobre se marchó ayer?
MARQ. Con una tiple de Apolo.
LEOP. ¿Tú no has visto en el salón
á la viudita y á Enrique?
MARQ. Y á Lola con el Barón
de Haro.
LEOP. Y á Encarnación...
JUA. Eso no es más que palique.
LEOP. Hombre, ¿pero y la de Hermida?
MARQ. ¿Y el bonachón del marido
(Entran Carlos y Rosalía.)
hablando de lo aburrida
que estuvo ayer la corrida?
LEOP. ¡El sí que está divertido!...
JUA. Y no vé jamás que Antonio
está haciendo la conquista
de su mujer...
MARQ. ¡Qué demonio
ha de ver, si el matrimonio
debe atacar á la vista!...
EDUAR. Se figura la mujer,
disculpando sus arrojos,
que el marido tarda en ver:
¡lo que tarda es en creer
áun viéndolo por sus ojos!
(Rosalía se suelta del brazo de Carlos y quedan parados de espalda.)

ROS. ¿Has oído?
CAR. Sí, una frase
general; nada.
ROS. (Volviendo á coger el brazo.)
No puedo
tenerme en pie... ¡si notase
algo!... ¡si ya sospechase!...
CAR. ¿Tiemblas?
ROS. De frío.
EDUAR. De miedo
tiembla después la que osada
en sus burlas parecía...
ROS. Me oyó. (Asustada.)
CAR. Nada.
ROS. Me oyó.
CAR. Nada
ha oído, estás asustada
sin motivo.
EDUAR. (Llamando bajo.) Rosalía.
ROS. ¿Lo ves?... corre... por favor,
corre...
CAR. Que te llama. (Deteniéndola.)
ROS. (Queriendo marchar.) Ven...
CAR. Tú estás loca... ese temor
tuyo es pueril.
ROS. ¡Por amor
de Dios!...
EDUAR. (Más alto.) ¡Rosalía!
CAR. Ten
calma...
(Medio á la fuerza la hace volver, y van al grupo.)
EDUAR. Vas muy distraída...
ROS. No... (Apoyándose como caída en el brazo de Carlos.)
EDUAR. El Marqués me indicó ahora,
hablando de la de Hermida,
toda la noche cogida
del brazo de ese Almanzora,
que es vergonzoso aguantar
ese cinismo insultante.
(Deja Rosalía caer el brazo.)
MARQ. Eduardo, usted quiere dar
á mi modo de expresar
un sentido muy distante
de mi intención.

EDUAR. Creo, Marqués,
que su consejo sincero
lo habré entendido al revés;
pero de ese modo es
como yo entenderlo quiero.
Le dices, pues, á tu amiga,
porque no he de consentirlo,
que cese en su torpe intriga.
ROS. ¡Cómo quieres que le diga!...
EDUAR. Como tú quieras decirlo.
ROS. No comprendes que es muy fuerte
que le indique...
EDUAR. Si se enoja
se procede de otra suerte:
al que falta, se le advierte,
al que insiste, se le arroja.
No comprendo, al recibir
gente en casa, vuestros modos.
¿Qué es preferible, reñir
con un necio ó permitir
que os juzguen necios á todos?
Si una mujer quiere ser
desenvuelta, ¿valdrá más
tolerar que esa mujer,
libre y torpe, haga creer
que sois libres las demás?
No pienso tal; y si un día,
rastrera en mi huerto hallase
la mala hierba bravía,
mi propia mano sería
la mano que la arrancase.
ROS. Bien... bien... le hablaré á Almanzora.
EDUAR. Y á ella.
ROS. Bien; voy á buscarlos.
MARQ. (Ofrece el brazo.)
¿Me hace usté el favor, señora?
EDUAR. Perdóneme usted, que ahora
quisiera yo hablarle... Carlos
la acompaña.
ROS. ¿Carlos?
EDUAR. Sí.
El te trajo y él te lleva;
esto, me parece á mí
que es bien natural... Y á tí,

¿te enfada?

ROS. No... no... (Dándole el brazo á Carlos.)

EDUAR. La prueba
no es ningún vaso de hiel. (Riendo; pausa.)
Tú serio y tú compungida;
habéis cambiado el papel:
parece Almanzora él, (Serio.)
tú pareces la de Hermida. (Pausa.)
No sueltes el brazo, no...
si fué una broma... Qué quieres,
no sé darlas... Quien me oyó
cierto estoy que lo entendió,
pues todos saben quién eres.
Y yo más que todos sé,
que es tuyo mi propio daño...
y en cuanto á Carlos... á fe
que yo no encuentro con qué
compararlo.

SECRET. (A Juanito y Leopoldo.)
Esto es extraño.

JUA. Parece un sainete. (Bajo.)

LEOP. O un drama.

EDUAR. Vuélvete, pues, al salón,
y hazle entender á esa dama,
que cuanto gana de fama
pierde de reputación.

MARQ. Amigo Eduardo, ya estoy
á sus órdenes... (Mutis.)

ROS. (A Carlos bajo.) Cercana
viene...

CAR. Mañana me voy,
y esta sospecha de hoy
se desvanece mañana.

ROS. Viene la nube... fatal
para mí...

CAR. Sí; es, Rosalía,
mi corazón tan leal,
que en cuanto me anuncia el mal,
el mal viene... (Se van.)

JUA. (A Leopoldo.) Se diría

que hay tempestad en la casa ..

LEOP. ¡Si se quieren con amor
todos ellos! ¿Es que pasa
algo?

JUA. No; pero anda escasa
la armonía...

LEOP. Un mal humor... (Se van.)

DOC. (Entrando, pregunta á José, que sale.)
¿Y Eduardo?

JOSÉ Está con Medina.

DOC. ¿Con el Marqués?

JOSÈ Sí.

DOC. ¿Le has dejado
sólo?

JOSÉ No temas; confía
en mi palabra.

DOC. Después
te explicaré lo que obliga
á suplicarte que vayas
siempre con él.

JOSÉ No es precisa
la razón... voy á buscarle... (Se va.)

MARQ. Después de esta confianza
que usté ha tenido conmigo,
y que me honra, no pude
callar más, y se lo he dicho
á usted con sinceridad:
todas las noches, yo vivo
como usted sabe, aquí cerca,
y al salir para el casino,
me lo encontraba rondando
esta calle, y por lo mismo
que él trataba de ocultarse
tuve en verle más ahinco.

EDUAR. ¿Y hace ya mucho?

MARQ. Hará un mes.
Pensé en algún amorío,
y al verlo me sonreía
como quien ve á un conocido.
Lo hallé aquí, pregunté el nombre

y me sorprendió quien dijo
«Carlos Ferrer», un muchacho
que hoy de América ha venido.
Me fuí á hablar á doña Augusta,
y me repitió que hoy mismo
ha llegado. No debía
yo insistir, y no he insistido.

EDUAR. Gracias, Marqués.

MARQ. Para todo
puede usted contar conmigo.
(Dándole la mano. Se sientan.)

ESCENA IV

EDUAR. Te esperaba. (Levantándose.)

CAR. (Sonriente.) Ya he venido. (Pausa.)

EDUAR. Sé que hace un mes que llegaste;
sé que de noche rondaste
(Carlos queda parado.)
mi casa, hasta amanecido,
y ya también he sabido
que no rondaste mi hogar
como el perro por guardar
la casa en que halló el sustento,
sino como lobo hambriento
que ronda para matar.

CAR. Aun no te entiendo.

EDUAR. Ni quiero
que me llegues á entender;
basta y sobra con saber
que yo ahora mismo te espero
á tí, en el invernadero.
¿No harás que en vano te aguarde?

CAR. No temas que yo retarde
ir.

EDUAR. Lo temo.

CAR. Por mi honor.

EDUAR. El que pudo ser traidor
bien merece ser cobarde.

CAR. Esa afrenta...

EDUAR. Considera
si has de juzgarte afrentado

que tan sólo te he llamado
cobarde, cuando pudiera
por tu villana manera
de portarte, sin mentir...
no, no lo quiero decir;
que sólo debe insultar
el que no sabe matar
al que lo ha sabido herir!

CAR. ¿Es un desafío?

EDUAR. Y bien...

CAR. Iré.

EDUAR. Te espero. Contigo
puedes llevar un amigo:
con otro iré yo también.

CAR. ¿Y á quien llevo?

EDUAR. Lleva á quien
le agrade más la excursión.

CAR. ¿Y si pide explicación?

EDUAR. Que le contestes espero,
la razón de un caballero
que no puede dar razón.
Es menester que acabemos:
de muerte es la ofensa tuya;
á muerte, pues, que concluya
este rencor que tenemos;
defiéndete cuando estemos
cara á cara y frente:
tú traidor y yo inocente,
te llevas la mejor parte;
tal vez Dios quiera guardarte,
ya que es Dios quien lo consiente.
Ahora yo, con la esperanza
de saciar tanto rencor,
nervios, sangre, vida, honor,
cuanto tengo, en la balanza
puse para mi venganza;
y pues venciste á traición,
¡fuera necia compasión,
fuera piedad, si aun alienta;
que mi propia voz desmienta
á mi propio corazón!
(Alza un poco la voz.)

MARY (Del brazo de Juanito.)
¿Están ustedes riñendo?

EDUAR. ¿Cómo, á tí te se figura?...
MARY Me pareció...
EDUAR. Qué locura...
MARY Darse la mano corriendo
EDUAR. La mano aun es poco; entiendo
que los brazos es mejor!
(Avanzando se abrazan fuerte. Al público dice.)
¡Cuando sienten un rencor,
las fieras se despedazan;
pero los hombres se abrazan
para vengarse mejor!...

ESCENA V

DICHOS y JOSÉ

MARY No me convence.
JUA. Ni á mí.
MARY ¡Qué manera de abrazar!...
JUA. Ese es el modo de ahogar...
JOSÉ ¿Está aquí Eduardo? (Entrando.)
MARY Aquí...

ESCENA VI

DICHOS, SEÑORA DE TRUJILLO del brazo de LEOPOLDO

MARY Seguimos nuestro paseo. (A Eduardo.)
EDUAR. ¿Convencidos?
MARY Convencidos.
SRA. DE T. ¡Mary, Mary!... ¿A dónde vais?
MARY Al comedor con Juanito;
voy á tomar un helado.
SRA. DE T. Espera, me voy contigo.
y ya sabes que no quiero (En voz baja.)
que tomes helado... Digo
que no quiero... te hace daño.
MARY Pero, mamá, ¡qué capricho!...
CAR. (A Leopoldo, sin soltar el brazo de la Sra. de Trujillo.)
Hágame usted el favor

de venir á hablar conmigo.
LEOP. Cuando deje en el salón
á esta señora. ¿Aquí mismo?
CAR. Sí, aquí espero.
SRA. DE T. ¿Son secretos?
LEOP. No sé, porque aun no lo ha dicho...
SRA. DE T. ¿Y usted me lo contará?
LEOP. ¡Qué duda cabe!...
SRA. DE T. Juanito. (Se van.)

ESCENA VII

Salen EDUARDO, MARQUÉS, JOSÉ, que forma este grupo, sin dejar que acabe la escena anterior; CARLOS, á poco el DOCTOR

DOC. ¿Estás solo?... (Queda un momento pensativo.)
CAR. Sí... (Pausa.)
DOC. Deseo
saber por qué en el salón
hay tanta murmuración
y hacen tanto cabildeo.
Cuando me acerco á escucharlos,
fingiéndome indiferente,
como consigna, la gente
se calla. ¿Qué pasa, Cárlos?
Oí en un grupo tu nombre.
¿Qué dijiste ó qué dijeron?
no lo sé, porque me vieron
y callaron. De hombre á hombre,
dime todo, sin reserva.
CAR. ¿Es súplica ó amenaza?
DOC. Lo que tú quieras.
CAR. La traza
es de reto.
DOC. ¿Y qué?
CAR. ¡Se enerva
la sangre mía al pensar
que he valido tanto aquí,
que sois todos contra mí
y aun os miro vacilar!
DOC. Baja la voz: no es preciso
que se enteren los demás.

Ya sin gritar, hallarás
quien te conteste. No quiso
aquí mismo Eduardo ahogarte
por mis súplicas, ¿lo entiendes?
¡Por mis ruegos!... ¿No comprendes
que estará ansioso de hallarte?
El cedió sólo por mí;
sólo por no atropellar
mis canas, y por no dar
un escándalo hoy aquí.

CAR. ¿Y usted me pide?

DOC. Matarte.

CAR. ¿También usté? (Con tristeza.)

DOC. También yo.

CAR. ¡Los dos!

DOC. Dí; ¿te niegas?

CAR. No;
¿para qué?...

DOC. Yo quiero darte
el premio á tu villanía,
antes que pueda Eduardo
verte... ¡Responde, que aguardo!

CAR. Si respondiese, diría
una crueldad...

DOC. ¿He de temer
que rechaces, dí, responde?...

CAR. Dígame usted cuándo y dónde...

DOC. Hoy mismo, al amanecer,
y el sitio es igual; lo dejo
á tu gusto.

CAR. El que usted quiera.

DOC. Tienes razón; en cualquiera
vencerás á un pobre viejo.
Que ganes tú es lo probable;
pero Dios á veces quiere
mostrarse, y entonces hiere
no al débil, sino al culpable.

CAR. Bien; no vale la pena
de negarse á una partida
donde se juega la vida,
cuando la vida está llena
de amarguras.

DOC. Además,
como ya acabé de hablarte,

cuando quieras retirarte...

CAR. ¿Echarme?

DOC. Si no te vas...

CAR. Pues bien; ¡venid á probar
si llega vuestro poder
á hacerme retroceder
de donde yo quiero estar!

DOC. Más bajo.

CAR. No.

DOC. Te defiendes
á gritos... y hay gente en casa
que no sabe lo que pasa
ni debe saberlo, ¿entiendes?

CAR. Es verdad; mas me cegué...
Antes necesito hablar
con Leopoldo y arreglar
todo esto. Después me iré.

DOC. Habla con él.

CAR. Lo preciso;
que ya el suelo de esta casa,
como de fuego me abrasa
las plantas cuando le piso. (Se va el Doctor.)

ESCENA VIII

DICHO. EL MARQUÉS

MARQ. Eduardo me ha rogado
que le sirva de padrino,
y espero que usted designe
quien se ha de entender conmigo.

CAR. Hágame usted el favor
de aguardar; vendrá ahora mismo
Leopoldo.

MARQ. ¿Y quién es el otro?

CAR. Ni lo sé; cualquier amigo
de Leopoldo.

MARQ. Con nosotros
viene el señor de Castillo.

ESCENA IX

DICHOS. LEOPOLDO

CAR. Me bato con el Doctor (Aparte á Leopoldo.)
y después con Eduardo.
LEOP. Pero, cómo... (Asombrado.)
CAR. Y ahora aguardo
de usted, Leopoldo, el favor
de que me busque otro amigo,
y sin preguntar razones
me arregle las condiciones
de esos duelos.
LEOP. No me obligo.
CAR. Pues si usted no es tan amable
que así me quiera servir,
no tengo á quien acudir;
y como es inevitable,
y son asuntos urgentes,
si no encuentro dos amigos,
me iré al lance sin testigos
ó con dos indiferentes.
LEOP. ¿Y cómo debo arreglar
los duelos sin excederme?
CAR. El del Doctor, defenderme...
LEOP. ¿Y el de Eduardo?
CAR. ¡A matar!
Con él, ustedes acojan
todo lo que ellos exijan.
LEOP. ¿Hora y sitio?
CAR. Los que elijan.
LEOP. ¿Y las armas?
CAR. Las que escojan.
(Leopoldo le da la mano y luego vase con el Marqués, que aguardaba. Entra José, y Carlos va á él.)
MARQ. Si quiere usted que vayamos
para hablar al saloncillo,
allí me espera Castillo.
LEOP. A donde usted quiera. Vamos. (Se van.)

ESCENA X

CARLOS. JOSÉ

JOSÉ Carlos.
CAR. Don José.
JOSÉ ¿Usted sabe
dónde está Eduardo?
CAR. No.
JOSÉ Hace un rato que le busco.
CAR. Quizás esté en el salón.
JOSÉ ¡Si vengo de allí ahora mismo!
CAR. Pues no lo sé.
JOSÉ Y el Doctor
me ha dicho que no lo deje
solo en ninguna ocasión
esta noche.
CAR. ¿A usted le ha dicho?...
JOSÉ No hice más que llegar yo
para comer, y en seguida
me suplicó ese favor
con grandísimo secreto.
CAR. ¿Y sabe usted?
JOSÉ Nada, no;
no sé nada, y además
me impide la discreción
hablar...
CAR. Pero, ¿sin decírmelo
lo sabe usted?...
JOSÉ No, señor... (Se va. Pausa.)

ESCENA XI

CARLOS y ROSALÍA

ROS. Tengo miedo. (Entrando.)
CAR. Te repito
que no hay por qué.
ROS. Necesito
convencerme sin cesar,

para que calme este grito
de tu amor, que está maldito
de Dios.

CAR. ¿Por qué lo ha de estar?
Si es Dios quien al alma envía
amor y fe y alegría
ó tristezas y dolor,
y yo encuentro, Rosalía,
tu amor en el alma mía,
¿no vendrá de Dios tu amor?
Y pues logró mi desvelo
el dulcísimo consuelo
de encontrar cariño en tí,
¿por qué con torpe recelo,
quieres oponerte al cielo
si el cielo lo quiere así?
*Luché bajo una bandera,
*porque yo creí que era
*el premio tu corazón.

ROS. *Y sin dudar accediera
*á ser libre y ser soltera,
*mas la ley... la religión...

CAR. *No. Las leyes las han hecho
*hombres que las han deshecho
*cuando han querido cambiar.
*Dios tu amor trajo á mi pecho.
*¡de Dios, pues, tengo derecho
*para poderte adorar! ..

ROS. *Tú sabes que me casaron...

CAR. *Tú sabes que me engañaron.
*¡Pues la pena del Talión!
*Ya mis dudas acabaron.
*¡Lo que á traición me quitaron,
*vengo á buscarlo á traición!

ROS. *¡Tanto delirio es ofensa!

CAR. *¿Y ya que me importa?

ROS. *Piensa
*en mi madre.

CAR. *No.

ROS. *En mí.

CAR. *No.
*Todo en mi amor se condensa.

ROS. *¡Qué infeliz soy con tu inmensa
*pasión!...

CAR. *¿Y no lo soy yo?
*¡La suerte ajena! ¿Y la mía?
*Respóndeme, Rosalía.
*¿Quién se detuvo á pensar
*si amargaba ó destruía,
*la de aquel hombre que había
*dejado patria y hogar?
*¿Quién entonces se ha acordado
*del mísero desterrado?
*¿Nadie fué? Nadie, ¿verdad?
*Y hoy que la mía he buscado,
*¿por qué debí haber mirado
*la ajena felicidad?

ROS. *Causa tanto daño verte...

CAR. *Egoistas: se me advierte
*que debo sufrir dolor,
*para que otro halle al tenerte,
*una suerte, que es mi suerte,
*y un amor, que fué mi amor.

ROS. *Yo comprendo tu agonía;
*pero pienso en que podría
*Eduardo ya sospechar,
*y yo misma destruía
*mi dicha.

CAR. *Ya es solo un día,
*pues mañana he de marchar.

ESCENA XII

DICHOS y EDUARDO

EDUAR. (Al entrar, Carlos se separa y Rosalía se acerca á él.
Me figuro sus consejos...
No, no; puede usté acercarse, (A Carlos.)
y usted puede separarse; (A Rosalía.)
ni tan cerca, ni tan lejos.
Vengo ahora del salón
donde la gente murmura,
por no se yo que aventura,
ó que sabrosa invención.

ESCENA XIII

DICHOS y CRIADO

CRIADO Señorito.
EDUAR. ¿Qué? (Con enojo.)
CRIADO Ha venido
el señor Conde de Ayala,..
EDUAR. Está muy bien...
CRIADO (Disculpándose.) Me ha mandado
la señora que avisara. (Se va.)

ESCENA XIV

DICHOS, menos el CRIADO

EDUAR. ¿Que esperas ó que temes, Rosalía?
(Al verla muda, indiferente y fría,
¿quién que comprenda el sentimiento humano,
creerá que vida y porvenir se juega?)
(A Rosalía.)
Sí, tu vida tambien está en mi mano;
que si esta idea cuando hirviente llega,
mi sangre empuja y mis sentidos ciega,
¿quién tan osado que á llegar se lanza,
donde mi misma voluntad no alcanza?
(Pausa.)
¡Es verdad que mi ser ya la aborrece,
pero aun tiembla mi cuerpo y se extremece
cuando pienso que el cielo cambió ahora
la santa imagen que mi pecho adora
en la mujer que mancha y que envilece.
Tan mísero es el hombre en su amargura,
que no sabe arrancar la planta impura
cuando en el alma se le muestra un día...
Yo creí que la odiaba por perjura
y aborrezco porque amo todavía...
sino la amase aún, no la odiaría.) (Pausa.)
(A Rosalía.)
Todo en tí lo comprendo: tu delito

y el odio, y la pasión, y la demencia,
y el crimen, pero no la indiferencia.
¿Callas? ¿Qué sientes? La pasión da un grito,
el odio ruge, la demencia espanta,
pero tú no hallas voz en la garganta,
no tienes como míseros despojos
de ese amor que se va sembrando agravios,
ni súplicas que suban á tus labios,
ni lágrimas que caigan de tus ojos,
cuando hoy debías por la vez postrera,
como toda mujer, llorar siquiera. (Pausa.)
Llévala para siempre, si te atreves (A Carlos.)
á amar á esa mujer, cuerpo de nieves,
y corazón que no querrá una fiera...
(A Rosalía.)
¡Si Dios permite que mañana muera,
(A Carlos.)
mi venganza mayor es que la lleves!

ROS. ¿Morir mañana?

EDUAR. Si lo quiere el cielo.

ROS. Pero yo no lo quiero...

EDUAR. (Rechazándola.) ¿Y no pensabas
de arrojarnos á un forzoso duelo
que á él, ó á mí, ó que á los dos matabas?

ROS. Pero eso es imposible.

EDUAR. Eso diría
yo tambien de tu infamia, si es que alguno
que no fuere yo mismo, lo dijera.

ROS. Te suplico...

EDUAR. Tu súplica es tardía.

ROS. Una palabra... un ruego... (Yendo á él.)

EDUAR. (Retirándose.) ¡No, ninguno!

ROS. Una plegaria...

EDUAR. (Retirándose más.) No, ni una siquiera.
La vida de nosotros va jugada;
en vez de tus lamentos y tus quejas,
reza por él, ya que por él me dejas;
pues mañana tendrás en la jornada
con él la suerte aún; conmigo nada.

(Se marcha Eduardo; Rosalía corre á él y le coge; él la empuja y sale. Rosalía, con los brazos abiertos, va retrocediendo como espantada. Al ir á caer, Carlos la sostiene.)

ESCENA XV

CARLOS, ROSALÍA, EL DOCTOR y DOÑA AUGUSTA

CAR. Rosalía... Rosalía...
(El Doctor que entra con doña Augusta coge á Carlos, y éste, sorprendido, se vuelve y suelta á Rosalía que cae.)
DOC. ¿Y aun te atreves á tocar
á esa mujer?
CAR. Si iba á dar
en tierra...
DOC. ¡Atrás!
AUG. ¡Hija mía!
DOC. Que no te cause dolor, (Deteniendo á Carlos.)
pues siempre llega á caer
quien entre amor y deber
se apoya sólo en amor...
(Doña Augusta la levanta y se la va llevando. El Doctor se acerca á ellas y entre los dos se llevan á Rosalía.)

ESCENA XVI

CARLOS; luego LEOPOLDO

CAR. Si este amor por Rosalía
no lo ha bendecido el cielo,
no es mi culpa tanto duelo,
tanta desdicha no es mía.
Cuando la pasión estalla,
no es ya el hombre, es el destino,
que hace al ladrón del camino
ó al héroe de la batalla. (Pausa.)
Por más que perder ha sido
siempre amargo, debe ser
más amargo que perder
pensar en que otro ha vencido. (Pausa.)
LEOP. Uno á las seis lo tendremos: (Que ha entrado.)
sable es el arma elegida,
y á la más pequeña herida

del Doctor, intervendremos.
Y en el otro han exigido
que á pistola habrá de ser,
hasta que llegue á caer
uno.

CAR. ¿A qué hora?

LEOP. Han creído
que á las siete...

CAR. Está bien.
(Queda ensimismado. Pausa.)

LEOP. Yo
que usted descansaría
un poco, hasta ser de día.
¡Carlos.!.. (Llamándole.)

CAR. (Como si despertara.)
¿Qué?... Gracias, no.
Pasé en vela tantas noches
que una más del mismo modo...

LEOP. Sin embargo...

CAR. No.

LEOP. Bien; todo
está arreglado.

CAR. ¿Y los coches?

LEOP. Todo está.

CAR. Sólo querría (Marchando lentamente.)
escribir á aquella anciana
que me espera en mi lejana
heredad de Andalucía.
Aunque olvide á los demás,
debo decirle siquiera
á esa madre que me espera,
que no me espere ya más... (Se van.)

ESCENA XVII

EDUARDO. EL DOCTOR

DOC. Sí, yo entré cuando ella estaba
con un ahogo tan grande,
que ni respiraba apenas.
La he dejado con su madre
en el gabinete. Ahora
no he podido preguntarla,

porque casi no respira,
el motivo de ese ataque.
He mandado que la acuesten
y que la den un calmante.
¿Supongo que no habrás dicho (Intranquilo.)
nada, que ella sospechase?...

EDUAR. No, no sospecha de nada...

DOC. Temí que te arrebatases. (Respirando.)

EDUAR. Porque ya lo sabe todo.
Te he prometido callarme;
respetar que hay gente en casa;
pero al verlos, al hallarles
juntos y solos los dos,
sentí una nube de sangre,
y ya todos los respetos
no fueron en mí bastantes
á callarme... (Pausa.) Por fortuna
no estaba aquí entonces nadie...

ESCENA XVIII

DICHOS, MARY y JUANITO

MARY ¿En dónde están las figuras
del Cotillón, Eduardo?
Porque vamos á empezar.

DOC. (Con mal gesto.)
Creo que están en ese cuarto.
(Vanse Mary y Juanito.)

ESCENA XIX

EDUARDO, EL DOCTOR y LA CRIADA

DOC. ¿Qué has hecho, hijo? No sabes
que Rosalía está enferma
del corazón, y que puedes
dejarla en el acto muerta?
Y tú, médico, ¿no viste
que es tu mujer una histérica,
propensa á una congestión

pulmonar, y si eso llega
no hay esperanza ninguna
de salvación para ella?

EDUAR. Sí; lo sabía.

DOC. ¿Y lo has dicho?...

EDUAR. Para ver si la vergüenza
puede matar...

DOC. ¡Eduardo!

EDUAR. Yo sostuve con firmeza
que la alteración nerviosa,
histérica, exime de pena,
y lo sostendré mañana,
que esa es la voz de la ciencia.
Mas la voz del corazón
al hablarme de esa ofensa,
«¡debes matarla!» me grita;
y cuanto más la recuerda
más grita: «¡debes matarla!»
y ese grito es su sentencia.

CRIADA ¡Ay, señorito... por Dios!

DOC. ¿Lo oyes?

EDUAR. Sí.

DOC. ¡Que el cielo quiera
ayudarme!

EDUAR. Sí; que el cielo
dé vida á quien me da pena.
(Marchándose el Doctor apresurado.)

ESCENA XX

EDUARDO

Tanta aspereza vencida
para crearme un hogar
donde pudiera pasar
tranquilo y feliz la vida...
y el puerto de mi vejez
lo lleva un soplo de viento,
cuando ya no tengo aliento
para empezarlo otra vez.

ESCENA XXI

DICHO, DOCTOR y AUGUSTA

EDUAR. ¡Hoy espanto... soledad;
mañana ni aun esperanza!
DOC. ¡Ponla en Dios! (Desde la puerta.)
EDUAR. Sí; confianza
en ese sér de bondad,
que me ha hecho comprender
cómo se puede hermanar
con la dicha de triunfar
la amargura de caer.
(Mientras dice estos versos, el Doctor viene, trayendo á doña Augusta, que se resiste á pasar. Cuando consigue que entre.)
DOC. Ya era tarde... (A Eduardo.)
EDUAR. ¿Rosalía?
DOC. No preguntes: llora ó reza.
EDUAR. ¿Todo acabó?
DOC. ¡Todo empieza!
AUG. ¡Ay, hija del alma mía, (Abraza al Doctor.)
morir sin decir adiós!...

ESCENA FINAL

DICHOS, MARY y JUANITO, que entra corriendo con sus bandas puestas, y un puñado de ellas en la mano

MARY ¡Al cotillón... á bailar!
AUG. ¡No la ha querido salvar (Con reproche.)
tu ciencia!
EDUAR. ¡Mi suerte! (Con desaliento.)
DOC. (Con fe.) ¡Dios!
(Cuadro.—Mary y Juanito se quedan asombrados; Eduardo cabizbajo; doña Augusta llorando sobre el hombro del Doctor; el Doctor mirando al cielo; Juanito se quita la banda.)

TELÓN

DEL MISMO AUTOR

EL CAMINO DE LA GLORIA, comedia en tres actos y en prosa.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no seran servidos.